

JUAN EL COCHERO.

Drama en cuatro actos y un prólogo, dividido en dos cuadros, escrito en francés por el célebre Bouchardy, *y arreglado al teatro español por* D. Ramon de Valladares y Saavedra *representado con estraordinario aplauso en el teatro de la Cruz el miércoles 13 de abril de 1853.*

PERSONAS	ACTORES.
JUAN CLAUDIO.	*D. R. Farro.*
LUCHI, *conde de Arezzo.* .	*D. A. Vico.*
PEDRO.	*D. G. Pareja.*
EL GENERAL ROGER. . .	*D. R. Cubero.*
EL CORONEL ENRIQUE ROGER.	*D. J. Catalina.*
MORELL.	*D. M. Muñoz.*
BENITO.	*D. J. Saperli.*
GENOVEVA.	*Doña J. Paz.*
JUANA.	*Doña A. Valero.*
LA MADRE URSULA, (*personage mudo*)	
DOS CRIADOS *que no hablan.*	

La escena pasa, en el prólogo, en Saboya en 1795. Durante el drama, en París, año de 1813.

PROLOGO.

CUADRO PRIMERO.

Una casa al pié del Monte-Cenis en Saboya. Puerta al fondo que dá al campo, y otra en primer término á la derecha que dá paso á un cuarto sin salida. A la derecha, en segundo término, una escalerilla de madera que conduce á una puerta, que es el cuarto de Genoveva. En el fondo, á la izquierda de su puerta, una mesa sobre la cual hay una sábana blanca y dos vasos de loza; en la pared y sobre la mesa un altarito, una corona de flores y una estampa de Santa Teresa. A la izquierda, en primer término, un baul, sillas de madera, etc. Al alzarse el telon, Pedro entra tarareando: trae un gran ramo de flores.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO, *solo.*

PED. Calla! No hay nadie! La señora Genoveva estará en su cuarto, y tal vez Juan Claudio se habrá quedado dormido. (*pone las flores sobre la mesa y mira al altar.*) Hola! Genoveva ha preparado ya el altarito de Santa Teresa, y puesto que ha colocado la guirnalda, justo es que ponga yo las flores en los vasos. (*lo hace*)

ESCENA II.

PEDRO, *un* DESCONOCIDO; *ha entrado por la puerta del fondo y sacude la capa.*

DES. Parece, buen hombre, que estamos muy ocupados?

PED. Ah! No es Juan Claudio! (*mirándole.*)

DES. Sois amigo de la casa?

PED. Si señor, soy el padrino de su hija. Pero no recuerdo haberos visto nunca.

DES. Nada tiene de estraño. Atravesando la montaña, me he perdido en ella, y Juan Claudio, á quien hallé casualmente, me salvó de caer en el abismo, y me ofreció este rincon, en donde he dormido hasta la hora presente.

PED. Reconozco en eso el buen corazon de Juan Claudio.

DES. Ha salido?

PED. Creo que si. (*lleva los vasos al altarito.*)

DES. Esas flores anuncian que se celebra aqui alguna fiesta?

PED. Hoy es Santa Teresa, y no hay una persona en toda la montaña que no ofrezca flores á la Santa, y no la pida algun favor... por eso al romper el dia, he echado á vuelo las campanas.

DES. Hola! Sois campanero?

PED. Campanero y zapatero, para serviros. Yo fui el que tocó las campanas cuando se casó Juan Claudio.

DES. Supongo que haria una eleccion acertada?

PED. Digo! La muger de Juan Claudio es tan buena como el pan, y tan hermosa como buena.

ESCENA III.

Los mismos y GENOVEVA, *que aparece en lo alto de la escalera.*

PED. Si quereis juzgar por vos mismo, vedla. (*yendo á ella.*) Buenos dias, señora Genoveva.
GEN. Buenos dias, Pedro. (*bajando.*)
DES. (Bella es!) Deseaba daros, asi como á vuestro esposo, las mas espresivas gracias por la hospitalidad....
GEN. Triste, tal vez, pero ofrecida con la mejor voluntad...
PED. (*con entusiasmo.*) Oh! Lo que es la voluntad, tan buena como el corazon!
GEN. No grites, Pedro, que vas á despertar á mi hija.
PED. (*en voz baja.*) Sabeis en dónde está el rosario de la señora Mariana? Lo he estado buscando inútilmente.
GEN. Juan Claudio, al partir para el Gran-Bourg, se lo ha llevado consigo, á fin de que sea bendecido.
DES. Vuestro marido ha ido al Gran-Bourg?
GEN. Pero volverá pronto.
DES. Demasiado tarde, por desgracia, para que pueda estrechar su mano.
PED. Vais á Chambery?
DES. No; á la parte opuesta... Voy á pasar el Monte-Cenis.
GEN. Tened presente que no podreis ahora viajar por la montaña.
DES. Por qué? (*Juan Claudio entra por el fondo y deja la capa y baston.*)
PED. Porque durante todo el mes no se camina mas que de noche, en atencion á que los rayos del sol derriten las nieves y se inundan los valles.

ESCENA IV.

Los mismos, JUAN.

DES. Me es igual, intentaré...
TODOS. Juan Claudio!
JUAN. Desistid de esa idea, caballero. Buenos dias, Genoveva! Hola, Pedro!
PED. Mira... me he puesto mis zapatos nuevos para venir á verte.
JUAN. Qué colorado estás, hombre!
PED. Toma! Como que tengo una hambre...
JUAN. Pues vamos á almorzar. (*al Desconocido.*) Creedme; es mucho mas prudente que espereis á la noche para iros.
DES. Harto lo siento. (*Juan va á colgar el rosario en el altar.*)
PED. Vaya, vaya! Ayudadme á poner la mesa.
DES. Como querais. (*ponen la mesa en el baul que está á la izquierda.*)
JUAN. Toma; he cambiado los medallones de oro por esos de estaño. (*bajando con Genoveva al proscenio.*)
GEN. Los recuerdos que encierran son siempre los mismos. (*se los guarda en el pecho.*)
JUAN. Y ademas, cuento ya con seis escudos para ponernos en camino al momento. Y Juana?
GEN. Duerme tranquilamente.
JUAN. Confio en que no la acometerá de nuevo la calentura.
GEN.. Dios te oiga! (*ap. lanzando un hondo suspiro.*)
JUAN. Vamos á la mesa?
PED. (*sentándose.*) Santa palabra!
JUAN. Un convidado mas en el dia de Santa Teresa, es una bendicion nueva para mi casa. (*deteniendo al Desconocido.*) Sírvenos, Genoveva. (*se sientan. Desconocido á la izquierda, Juan á la derecha y Pedro en el centro.*)
PED. Ahora que ya estamos sentados y comiendo, te diré, Juan Claudio, que te he traido una cosa para los postres. (*saca un papel del bolsillo.*)
JUAN. Y qué es?
PED. La relacion de la toma de Monttenote por los franceses.
DES. Es el boletin del 14 de este mes.
JUAN. Leelo, Genoveva.
GEN. «Empeñóse la accion el 14 por la noche... Despues de dos horas de combate, el general Colli, que habia podido ganar el llano, amenazó arrollar á los franceses que estaban delante de Monttenote, pero el coronel Roger, hallando ocasion de que maniobrase la caballeria, lanzó su regimiento á toda brida sobre la division Colli; entonces el enemigo se encontró envuelto, y el general en gefe Bonaparte mandó al asalto: por la noche la victoria era completa, y el general en gefe ha nombrado al coronel Roger, general de division.
JUAN. Soberbia victoria!
PED. A la salud del coronel Roger!
GEN. A su salud!
DES. Desgraciadamente los austriacos, que han recibido nuevos refuerzos, han cerrado los caminos del Monte-Cenis. (*se levantan y se separan de la mesa hablando.*)
PED. A mi me gustaria mas la guerra, si no tuviese miedo á los cañonazos.
GEN. El ruido del cañon es mas peligroso que el de las campanas...
PED. Calla! Me recordais que tengo que tocar las vísperas. Hasta la noche, Juan Claudio.
JUAN. Hasta la noche.
PED. Dios os guarde, y á la compañía. (*sale fondo.*)

ESCENA V.

[illegible] *mesa y se detiene como para escuchar.*

GEN. Me parece que se ha despertado mi hija.
JUAN. Vé y traemela... la llevaré conmigo al campo para que respire el aire puro de hoy.
DES. Tendré mucho gusto en verla.
GEN. Os la traeré al momento. (*sube á su cuarto.*)

ESCENA VI.

JUAN, *el* DESCONOCIDO.

JUAN. Qué buena es! (*al Desconocido.*)
DES. Estoy admirado de que hayais podido encontrar aqui una muger como Genoveva.
JUAN. No sois el primero que se admira, y voy á esplicaros el misterio. Era yo muy joven, cuando despues de una terrible nevada que asoló el pais, Mariana Thibaut, mi madre, entró una noche trayendo una niña que habia encontrado entre la nieve, y la cual, gracias á sus esfuerzos, volvió en sí. Por sus zapatillas y su collar se conocia que era italiana, y que sus padres debieron morir entre la nieve; porque no se oyó hablar de ellos nunca. Mi pobre madre, que los buscaba incesantemente, enseñando á todo el mundo el collar de perlas, me dijo un dia: «Esta niña pertenece á gente rica, porque un joyero de Chambery me ha asegurado que su collar vale mas de cien pistoles; he vendido su collar, porque es necesario que Genoveva, (asi se llamaba la niña,) reciba buena educacion, y no sufra nunca por haber sido recogida por unos pobres.»

En su consecuencia, Genoveva aprendió á leer y á escribir, y yo me hice carretero para ganar las mezquinas sumas que nos permitian vivir en invierno bajo techado. Al cabo de algun tiempo me dijo mi madre: «Juan Claudio, Genoveva tiene diez y siete años y necesitamos de un protector en la casa.» Entonces vendí mi carreta y permanecí al lado de la familia, hasta que la buena vieja nos dejó para irse donde se van las almas justas.

Es. Perdisteis á vuestra madre?

Juan. Sí, la perdí. En su consecuencia me ví precisado á decir á Genoveva, que por su propio honor, no estando á nuestro lado la infeliz anciana, era necesario separarnos. Genoveva se echó á llorar... yo me encontré atado á este sitio, y en fin, dimos con el medio de acallar la maledicencia, casándonos, aun cuando tenia algo en mi alma que me decia que Genoveva no habia nacido para mí.

Es. Por qué motivo?

Juan. Quién sabe! Al año primero de nuestra union, el cielo nos dió una niña, que es un ángel como su madre; pero hace dos años que la felicidad concluyó para nosotros.

Es. Qué decís?

Juan. Nuestra hija está bien mala, y ademas, los austriacos, al pasar por aquí, han causado mas daño que la nieve y las escarchas. Agotados nuestros ahorros, y sin poder vender un terron, porque la guerra se ha llevado todo el dinero, nos vemos obligados á partir para buscar trabajo en los pueblos y villas; lo cual me entristece mucho, porque Genoveva no ha servido nunca á nadie... y la pobre niña podrá agravarse en el camino... Mas es preciso.

Es. Pero ese viage exige algun dinero, y...

Juan. Tengo para él. Cuando éramos mas felices, compré dos medallones de oro que conservábamos Genoveva y yo, como un recuerdo en mis continuas y largas ausencias... Esta mañana he ido al Gran-Bourg á trocar el oro por el plomo. Ved... El recuerdo existe siempre, porque aquí per... tra de Genoveva... Aquí está. No hablemos del viage, porque la causa mucha pena.

ESCENA VII.

Los mismos, Genoveva, *por la escalera con la niña en los brazos, que tendrá tres años.*

Gen. Os he hecho esperar?

Juan. Bastante.

Es. Graciosa niña!

Juan. Vamos, hija mia, al campo.

Es. Voy á acompañaros.

Juan. Como gusteis.

Es. Hasta mas ver, hermosa Genoveva.

Gen. Hasta mas ver, querido huésped.

ESCENA VIII.

Genoveva, *despues un* Viagero.

Gen. Pobre Juan! Qué feliz es con su hija en los brazos! (*mirándole ir desde la puerta; baja de nuevo á la escena y continúa quitando la mesa, interin entra el Viagero, que trae una maleta.*)

Via. Podreis decirme, buena muger, si estoy muy lejos de San Martin?

Gen. (Un viagero!) Estais á dos leguas.

Via. Dos leguas todavía?

Gen. Quereis descansar? (*continuando su faena.*)

Via. Camino hace tres horas; vengo del Gran-Bourg, y voy á San Martin.

Gen. Pues os aconsejo que descanseis aquí; la casa de Juan Claudio está á la mitad del camino.

Via. (Aquí es.) Me aprovecharé con mucho gusto de vuestro ofrecimiento. (*se sienta.*)

Gen. Y si quereis pedir algo á la Santa, ese rosario que veis colgado en la pared, es milagroso, porque sus cuentas están hechas con fragmentos de la roca gris.

Via. Cómo lo sabeis?

Gen. Porque así se lo dijo á la madre de mi marido el fraile de San Bernardo que se lo regaló.

Via. A la madre de Juan Claudio Thibaut?

Gen. Sabeis su nombre?

Via. Y tambien el vuestro.

Gen. Yo me llamo Genoveva.

Via. Genoveva es el nombre que os ha dado la madre Mariana, pero no es el que recibisteis de vuestros padres.

Gen. (*con ansiedad.*) Sabeis tambien el nombre de mis padres?

Via. Vuestro padre, Manuel Loredano, marqués de Ferrara, y vuestra madre, fueron sepultados entre la nieve con vos y los criados que les acompañaban. Solamente vos, que érais muy niña, fuisteis salvada por la señora Mariana, que os encontró en la orilla del camino. Cuando murió dicha Mariana, y os casasteis con su hijo, teniais unos veinte años.

Gen. Cómo sabeis todo eso?

Via. Lo sé, porque vuestro tio Antonio Loredano, encontró hace cosa de un mes, en la casa de un judio de Ferrara, un collar de perlas que habia sido comprado en otro tiempo á un joyero de Chambery; y reconoció este collar, porque era el mismo que puso á vuestro cuello el dia en que os bautizaron. Entonces hizo varias preguntas al joyero, al cual Juan Claudio había referido vuestra historia; y de este modo descubrió que su sobrina existia aun.

Gen. Mi tio?

Via. Aunque enfermo y cargado de años, quiso atravesar la Italia para venir á buscaros en Saboya, pero su lan, murió, dejando un testamento, del cual he sacado una copia exacta, que voy á leeros. (*saca un pergamino del bolsillo.*)

Gen. Es un sueño cuanto escucho?

Via. Oid. «Instituyo mi heredero universal á mi sobrina y ahijada María Loredano, cuya existencia he sabido recientemente; y esto, con la condicion espresa de que habite mi castillo de Ferrara, en donde recobrará los nombres y títulos de sus padres... así que haga anular su cas. miento con Juan Claudio Thibaut, llamado el carretero.»

Gen. Jamás.

Via. (*despues de un movimiento.*) »Si contra mis esperanzas, María Loredano rehusase el cumplimiento de esta condicion, todos mis bienes pertenecerán dentro de un año y un dia, al convento de los padres Bernardos de la Concordia, en donde quiero ser enterrado... Escrito en Milan el 20 de abril de 1795, por mí, Antonio Loredano, conde de Est, proveedor de Venecia.»

Gen. Todo eso no es mas que una invencion, una locura...

Via. Si quereis pruebas positivas, seguidme, sin confiar nada á Juan Claudio Thibaut, y dentro de cuatro dias estaremos en Venecia, en donde sereis recibida por vuestra familia. Allí encontrareis las pruebas mas incontestables; obtendreis la nulidad de un casamiento que habeis contraido en la ignorancia de vuestra cuna, y en vez de ser pobre en Saboya, os vereis rica en Venecia.

Gen. Y mi marido? Y mi hija?

Via. Secretamente nos llevarémos á vuestra hija, porque no hay nada que se oponga á ello en el testamento. En cuanto á vuestro marido, los términos del testamento son precisos...

Gen. Os he escuchado con calma, y no me he ofendido, porque no soy la muger á quien buscais... Maria Loredano murió entre la nieve... y yo soy Genoveva, muger que nunca ha tenido otra familia que la madre Mariana, que me adoptó en su indigencia, Juan Thibaut á quien amo, y la hija que he llevado en mi seno.

Via. Veo que el afecto os ciega.

Gen. Decid mas bien que me ilumina.

Via. (No debo insistir ahora.) Volveré cuando hayais reflexionado. (*se aleja hasta la puerta y vuelve al proscenio.*)

Gen. Oh! no! Mi marido podria encontraros! Por favor, no volvais mas. Evitad que os vea... evitad que sepa... que sospeche...

Via. Lo ignorará todo, os lo juro. (*Genoveva ha quedado pensativa y el Viagero dice para si.*) Olvidando aqui mi maleta de viage, tendré una razon legítima para volver. (*á ella.*) Voy á continuar mi camino. No teneis nada que mandarme? (*desde la puerta.*)

Gen. Quereis decirme quién sois?

Via. Un noble veneciano.

Gen. Y qué interés os ha guiado á verme?

Via. Ninguno personal. Idólatro las aventuras, y he creido que debia manifestar á Genoveva Thibaut que le era muy fácil convertirse en una noble señora.

Gen. Una cláusula del testamento se lo prohibe... Genoveva ama á Juan Claudio...

Via. Ya lo pensareis mejor. (Volveré.) (*vase.*)

ESCENA IX.

Genoveva, *despues* Juan Claudio.

Gen. Estoy despierta, Dios mio! Si, la madre Mariana me dijo varias veces que mi familia debia ser rica. Pero qué es lo que vienen á ofrecerme? Es una madre la que me espera? Es un padre quien me llama? No; es el oro en cambio de mis afecciones, el oro en cambio de la existencia de mi marido... porque si Juan entrase un dia aqui y hallase la cuna de su hija vacía, y su casa desierta... perderia la razon indudablemente! Ah! No temas nada, Juan Claudio; Genoveva te ama demasiado desde el fondo de su corazon.

Juan. (*apareciendo al fondo con la niña dormida en los brazos.*) Genoveva, la niña está dormida... acuéstala con cuidado.

Gen. Si.

Juan. Yo voy á coger dos piochas para trabajar. (*reparando en ella cuando va á tomar la niña.*) Pero qué es lo que tienes? Has llorado?

Gen. No. (*toma á su hija.*)

Juan. No me lo ocultes... Qué es lo que causa tu disgusto?

Gen. Nada; te lo aseguro.

Juan. No obstante... Què es esto? (*mirando á su alrededor, repara en la maleta y la coge.*)

Gen. Una maleta olvidada por un viagero... que acaba de descansar aqui. (*asombrada.*)

Juan. Qué hay escrito ahi encima? (*señalando á una plancha que tendrá la maleta.*)

Gen. «Luchi, en Venecia.»

Juan. Y ese Luchi veneciano, te ha dicho por ventura alguna cosa que te haya disgustado?

Gen. Qué disparate! Voy á acostar á nuestra hija.

Juan. Si; vé. (*ella sube á su hija y él la sigue con vista.*)

ESCENA X.

Juan, *despues el* Desconocido.

Juan. Ha llorado y se reprime delante de mi! Estoy s[e]guro de que esta partida la mata...

Des. (*entrando.*) Os estoy esperando, amigo mio.

Juan. Perdonadme, pero al llegar aqui encontré á G[e]noveva llorando, y esto me ha producido un dolor...

Des. Y por qué lloraba?

Juan. No ha querido decírmelo, pero lo sé muy bie[n]. Lloraba porque siente la precision que tenemos [de] marchar al momento, á pedir trabajo en otra parte.

Des. Qué suma os hace falta para no moveros de aq[ui] hasta el verano próximo?

Juan. Cuarenta escudos! En fin, no hablemos de est[o] voy por las piochas. (*entra á la derecha primer término.*)

Des. Cuarenta escudos constituirian la felicidad de estas pobres gentes! (*saca dinero de su bolsillo, que á su tiempo pone en el cajon de la mesa, volviendo á cerrarlo.*) No puedo hacer un uso mas acertado de mi dinero... pero en dónde lo pondré? Ah! En este cajon.

Juan. (*sale con dos piochas y dá una al Desconocido.*) Venid; os enseñaré el camino de Luci. (*salen foro izquierda. El Viagero se presenta y los sigue con vista, bajando luego.*)

ESCENA XI.

El Viagero, *solo.*

Juan Claudio se aleja con su compañero. Confies[o] que no sospechaba hallar tanta abnegacion en un[a] muger; pero sus escrúpulos se disiparán poco á poco... Estoy seguro de que ya ha variado de parecer, y necesito resolverla de una vez. Su familia me ha ofrecido emplear su poderoso influjo para que cese m[illegible] Loredano, y no tengo otro medio de recobrar la orden de detierr[o] que pesa sobre mi. Estará en su cuarto sin duda? Qu[é] ruido es este? La lluvia tal vez... si... cae á torrentes. (*desde la puerta.*) Pero veo dos hombres que vienen corriendo... Son Juan Claudio y su huésped, qu[e] vuelven para guarecerse de la tempestad... Qué deberé hacer?... Si me ven salir de aqui querrán saber.... Pero esto debe tener otra salida. Ah! esta puerta!... (*entra por la puerta derecha; Juan y el Desconocido vienen por la del foro sacudiéndose la ropa.*)

ESCENA XII.

Juan, *el* Desconocido, *el* Viagero, *oculto.*

Juan. Tiempo fatal!

Des. Soberbia lluvia! Y luego con la ventisca...

Juan. Si; el agua entra hasta aqui; cerremos la puerta. (*cierra.*)

Via. (*al paño.*) No tiene salida este escondite.

Juan. Mientras pasa la nube, quereis leerme otra vez el boletin? (*se sientan.*)

Des. Dadmelo.

Juan. Voy por él; debe estar aqui. (*viendo la maleta sobre la mesa.*) Ese Luchi parece que aun no ha vuelto por su maleta... (*abriendo el cajon y viendo el dinero.*) Qué es esto, dinero? Dinero aqui!

Des. (Lo ha descubierto demasiado pronto!)

Juan. Qué quiere decir esto? Necesito preguntar á Genoveva... (*va hácia la escalera.*)

Des. No os molesteis; sé de dónde viene ese dinero.

UAN. Vos? (*en el primer escalon.*)
ES. Yo he sido quien lo ha puesto en ese cajon.
JAN. Qué decis? (*bajando á su lado.*)
ES. Podeis disponer de él sin temor, porque es el dinero de un soldado que se cree bastante feliz con la victoria que ha conseguido.
JAN. Siento mucho deciros, que no puedo aceptar ese dinero.
ES. Por qué razon?
JAN. Y Genoveva lo rehusaria tambien, porque nada hemos hecho para ganarle.
ES. No me salvasteis ayer la vida?
JAN. Oh! En este pais, en la montaña, no se pagan esas cosas. Aquel á quien se salva del peligro dice: «Mil gracias...» El otro le contesta: «Haced otro tanto si me hallo en tal apuro.» Se dan un apreton de manos, y la cuenta está pagada. Con que os suplico que tomeis vuestro dinero... (*yendo hácia la mesa.*)
ES. Y si yo os proporcionase la ocasion de ganarlo?
UAN. Entonces seria otra cosa. Pero cómo?
ES. Ante todo es preciso que sepais mi nombre.
UAN. Decidlo.
ES. Soy el general Roger.
UAN. Vos?
ES. Y voy á deciros la causa de mi incógnito! El general en gefe ignora que el egército enemigo amenaza sus avanzadas, y como el camino de Luce está cerrado, la noticia no podia llegar á él sino por los caminos del Monte-Cenis.
UAN. De los cuales disponen los austriacos.
ES. Si, y como un destacamento no saldria adelante en su empresa, he creido que un hombre solo podria pasar desapercibido.
UAN. Lo comprendo.
ES. Asi pues, para no perderme de nuevo como la noche anterior, os ruego que me guieis, y bien pronto el general Bonaparte, sabedor de que el enemigo trata de envolverlo por la ruta de Luce, se retirará al llano para dar una gran batalla.
UAN. Es verdad.
ES. Y cuando me hayais ayudado á evitar un combate peligroso é inútil, que costaria la vida á millares de hombres, ¿no creeis que habreis ganado bien los cuarenta escudos?
JUAN. Partamos. El sol se ha ocultado ya, y el camino estará transitable dentro de una hora.
DES. Dios vaya con nosotros!
JUAN. Genoveva tendrá que esperarnos toda la noche.
DES. Vamos á prevenirla... (*yendo hácia la escalera.*)
JUAN. No... al verla temblar por mi, perderia todo mi valor. Marchemos.
DES. Marchemos. (*salen. El Viagero abre la puerta derecha con precaucion y entra en escena.*)

ESCENA XIII.

El VIAGERO, *solo.*

He sido, sin querer, el confidente secreto del general. Pero si he oido perfectamente, no me ha sido posible ver nada; tratemos de completar las noticias. (*entreabre la puerta del fondo y mira.*) Juan Claudio lleva trage oscuro, y el general capa y sombrero piamontés... bien; conservaré en la memoria estas señas. (*cierra y baja al proscenio.*) Si confiase á los centinelas austriacos las filiaciones y la intencion de estos dos hombres?... Los austriacos dan muerte á los que hacen prisioneros... y este seria un medio de anular el casamiento de Genoveva. Pero antes de llegar á un estremo tal, veamos si Genoveva me lo evita. Ella es! (*abren la puerta de la escalera y aparece Genoveva que trae luz, baja á la escena, y el Viagero se retira de modo que aquella no le vea.*)

ESCENA XIV.

El VIAGERO, GENOVEVA, *que coloca la luz sobre la mesa y se sienta á hacer calceta.*

GEN. Ya es de noche, y Juan no tardará en volver; su presencia borrará de mi espíritu la revelacion de ese viagero.
VIA. (*adelantándose.*) Señora...
GEN. (*dá un grito terrible.*) Ah! este hombre otra vez!
VIA. He venido para buscar una maleta que me he dejado olvidada.
GEN. Tomadla. (*la toma de la mesa y la dá al Viagero.*)
VIA. Gracias! Con que vuestra resolucion... (*Genoveva ha vuelto á sentarse.*)
GEN. Es irrevocable! (*sigue su labor.*)
VIA. En una palabra, rehusais formalmente separaros de Juan Claudio?
GEN. (*con calma.*) No me separaré de él aun cuando se trate de compartir su suplicio.
VIA. (A pesar suyo la haré rica y marquesa de Ferrara!) (*se detiene en el foro y dice á Genoveva con voz terrible.*) Quiera el cielo que no tengais por qué arrepentiros!
GEN. El cielo es justo! (*levantándose.*)
VIA. (Ella lo ha querido! Cúmplase su voluntad!) Adios! (*abre la puerta, se detiene contemplando otra vez á Genoveva, que le mira con calma; saluda y vase.*)
GEN. A pesar mio me ha causado miedo este hombre! (*esto lo dice despues de ir precipitadamente á cerrar la puerta del fondo.*)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

Pequeña habitacion, en piso bajo, de la casa de Pedro junto á la iglesia de la aldea de San Martin. Puerta al fondo que dá al esterior; á la derecha de esta puerta un tabladillo de madera, con una puerta que se abre sobre la escena. Ventana lateral á la izquierda; bancos, escaños, hormas, zapatos, martillos, y todo cuanto indique á primera vista que es la cabaña de un zapatero pobre. Al alzarse el telon, Pedro está trabajando.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO, *en mangas de camisa, con un delantal de cuero, y en disposicion de trabajar, mirando un zapato que está haciendo.*

Vaya! Ya he quitado bastante! (*tomando otro zapato y comparándolos.*) Voto al diablo! Pues no he hecho los dos para el mismo pié! (*se oye tocar.*) Y ahora la campana! Pues era lo que faltaba para acabar de ponerme de buen humor! (*arroja los zapatos con enfado en el canasto, y se quita el delantal.*) Esas campanas... me causan hoy tanta pena como placer en otro tiempo! Tendré que irme á vivir lejos de la iglesia!.. Cada vez que me acuerdo de aquellos dias en que el pobre Juan Claudio me decia: «Cuando el aire viene hácia nuestra casa, y oimos la campana de San Martin, Genoveva y yo esclamamos: Perico nos envia noticias suyas!» Pobre Juan Claudio! Ya no estás allí para escucharlas. Y desde que no existe, ni como, ni trabajo con acierto. Y eso que la señora Genoveva siempre quiere que la hable de Juan Claudio, porque

solamente conmigo puede hablar de él. Pero yo no puedo permanecer en su casa; veo llegar á sus parientes de allá... lejos... todos los ricos de su familia que han venido á buscarla, y esos parientes se me han sentado en la boca del estómago.

ESCENA II.

AREZZO y PEDRO.

AREZZO. Sois uno á quien llaman Pedro?

PED. Asi me llamo; pero hay otros muchos en el pais que llevan el mismo nombre.

AREZZO. Vengo de parte de la señora Genoveva Thibaut.

PED. Entonces yo soy el que buscais; yo que era el amigo de su marido.

AREZZO. Si; la señora Thibaut me ha dicho que queriais mucho al desgraciado Juan Claudio.

PED. Como á un hermano.

AREZZO. Bien horriblemente murió!

PED. Fusilado por los austriacos.

AREZZO. Cara pagó su imprudencia.

PED. Decid su valor, para proporcionar pan á su familia. En fin, no hablemos de esto. Y qué es lo que quiere la señora Genoveva?

AREZZO. Al salir de su casa, para venir á misa á San Martin, me rogó que me adelantase para deciros, que encendais dos velas en la iglesia; una en la capilla de la Santa Beata Mariana, y otra en la de San Juan.

PED. Con que viene á oir la misa?

AREZZO. Antes de dejar la Saboya, quiere que su hija sea bendecida por el cura de San Martin, que fué el mismo que la bautizo.

PED. Pues esperadme; voy á hacer el encargo de la señora Genoveva.

ESCENA III.

AREZZO, *solo, sentándose.*

Ya hace ocho dias, que han alcanzado la revocacion de la orden de mi destierro. Y yo, que deseaba con ansia volver á Venecia, voy á seguir á Milan á la heredera de los Loredanos! Maria Loredano pasará algun dia á segundas nupcias para olvidar el nombre de Juan Thibaut, y yo, que soy conde de Arezzo y joven aun; yo que soy el único que conoce el testamento del conde de Est, tal vez logre... (*levantándose.*) Hace muy pocos meses que arruinado por el juego, y desterrado de Venecia, me arrastraba sin esperanza... Hoy pienso sacar mi parte de una inmensa fortuna. Necio es, en verdad, el que quiere preveer y preparar su porvenir; el hombre es un grano de arena, y la casualidad es el viento que le arrebata y le trasporta.

ESCENA IV.

AREZZO, PEDRO.

PED. Las velas arden en el altar, y el señor cura está dispuesto.

AREZZO. Voy á recibir á la señora Genoveva.

PED. Id con Dios. (*acompañándole.*) Yo tambien debia ir á esa misa, pero me falta el valor! Cuando veo á la señora Genoveva con su vestido negro, me dá una pena... voy á pasearme á orillas del estanque, y cogeré flores; donde quiera que esté, me acompañará mi pena; porque como dicen los de mi oficio, á dos cuartos el zapato; siempre será cuatro cuartos el par. Cómo ha de ser! Asi va el mundo. (*va hácia el fondo y oye la voz de Juan Claudio.*)

JUAN. (*dentro.*) Eh, Pedro!

PED. Virgen Santísima! Qué es esto? He oido como la voz de Juan Claudio! Sin duda son los diablos que me trabucan!

ESCENA V.

PEDRO, JUAN CLAUDIO.

JUAN. No hay nadie aqui? Pero si... Pedro, te has vuelto sordo de un mes á esta parte?

PED. Juan Claudio! Eres tú? (*retrocediendo asustado.*)

JUAN. Si, yo soy.

PED. Qué, no te mataron los austriacos?

JUAN. Asi lo creyeron ellos, y yo tambien.

PED. Con que no eres muerto?

JUAN. No ves como te recibo en mis brazos?

PED. Viva Juan Claudio! (*tira el sombrero por alto y se abrazan.*)

JUAN. Vaya, dime, están todos buenos? Y Genoveva? Y mi hija?

PED. Genoveva... (*dudando.*)

JUAN. Qué?

PED. (*con viveza.*) Hace quince dias que lleva luto por ti.

JUAN. Pobre Genoveva! Cuánto habrá sufrido!

PED. Pero, cómo es que hemos encontrado tu chaqueta atravesada por quince balazos?

JUAN. Ay amigo Pedro! Se la habia prestado al general Roger, que habia perdido la suya en el barranco de los Abrojos; apenas llegábamos al valle, cuando los austriacos nos cogieron... Nos habian vendido, Pedro; les habian dado nuestras señas; segun ellos mismos nos han dicho.

PED. Y no sabes quién fué?...

JUAN. Lo presumo. Sin duda un espia que estaba escondido en mi propia casa.

PED. Bien puede ser, porque la noche que marchaste, cuando llegué á tu casa...

PED. Vi un viagero que salia de ella, y Genoveva me dijo que era un veneciano que habia venido á buscar...

JUAN. Una maleta olvidada...

PED. Justamente!

JUAN. El era... el miserable; y vas á verlo. Los austriacos se arrojaron sobre nosotros; y despues de habernos registrado, nos dieron cinco minutos para encomendarnos á Dios. El general pidió como una gracia al gefe austriaco, que le digese si habiamos sido vendidos por un francés. El gefe le declaró que era un veneciano el que nos habia entregado.

PED. Era él!

JUAN. Una sonrisa de consuelo reanimó al general, y él mismo mandó hacer fuego, y murió como un valiente.

PED. Y lo vistes tú, Juan Claudio?

JUAN. Si, Pedro; esperando mi turno. Y mientras me preparaba para morir como cristano, oigo como un grande estrépito por encima de mi cabeza...

PED. Y qué era?

JUAN. Eran los franceses que habian acudido al oir los tiros.

PED. Asi me gusta, asi me gusta!

JUAN. Aquellos valientes cayeron como un torrente sobre los austriacos. De repente me pareció que la cascada de los sauces caia sobre mi cabeza... y nada mas volvi á ver ni á oir. Algunos dias despues me hallaba en el campamento francés. Un cirujano me habia estraido del pecho una bala, y oia referir á mi lado que el general en gefe Bonaparte no habia podido conte-

una lágrima, al saber la muerte del general
;er.
Y el veneciano? El traidor?
. Le buscan todavia. Cuando recobré las fuerzas,
preguntaron si queria alistarme en el egército, y
que no pensaba mas que en Genoveva, en mi hija
á ti, me puse en camino por única respuesta. Al
mar al barranco, oí la campana de San Martin, y
vez de seguir la ruta, tomé la senda de la cruz pa-
darte un abrazo. Ahora voy corriendo á consolar á
noveva, á abrazar á mi hija, y á reir, ó á llorar de
o! (*corre hácia la puerta.*)
Espera. (Es preciso que sepa...)
. Esperar! Y por qué?
Porque... como suele decirse, si los muertos alza-
la cabeza, lo encontrarian todo bien cambiado. Han
urrido muchas cosas desde que tú estás por allá.
. Qué! Despacha! (*con espanto.*)
. Escucha, pues.
. Di pronto.
. En primer lugar, bien sabes... digo, no sabes que
enoveva ha sido hallada por su familia.
N. De veras?
. Si; un tio que la quedaba como único pariente, ha
eriguado su existencia, y la ha dejado heredera de
do, con la condicion de que...
N. Que ha de dejar á Juan Claudio?
. Qué, lo sabias?
N. Creo que el cielo me lo anunciaba desde el mo-
ento en que me casé. (*va á dar un paso y cae sobre
n banquillo con hondo dolor.*) Siempre he temido esa
esgracia! Y Genoveva?
D. Genoveva, para huir de sus parientes, que la aco-
an, queria que marchásemos todos; pero como no vol-
ias.... como despues hallaron tu chaqueta hecha una
riba, y se dijo que te habian fusilado, y al general
ambien.
AN. Con que han venido aquí los parientes de Ge-
noveva?
D. Y bien ... cilla! (*momento de silencio.*) Pero gracias á Dios, Juan
Claudio está en el mundo... Genoveva volverá á tomar
la rueca, echaréis en hora mala los primos y la he-
rencia, y no se volverá á hablar mas del asunto, no es
verdad? (*silencio profundo de Juan Claudio.*) He
querido que lo supieras todo antes de ir á casa... pa-
ra que no te cogiese de susto. Ahora, si te parece, te
acompañaré... iremos los dos... Digo, que iremos los
dos á tu casa...
AN. Adios, Pedro. (*levantándose y dándole la mano.*)
ED. A dónde vas?
AN. A buscar la guerra y en ella la muerte. Adios.
ED. Juan Claudio! (*deteniéndole.*)
AN. No ves que ahora, ya estoy de sobra en el mundo?
Acaso puedo volver á presentarme á Genoveva? Acaso
puedo quitarla la fortuna, y quizá la vida, para en-
tregarla de nuevo á la pobreza y al trabajo, que la
matarian?
ED. Pero...
UAN. Y si esta herida que recibí, volviera á abrirse; si
no pudiera trabajar mas con mis manos, consentiria yo
que Genoveva, la heredera despojada, abriese la tier-
ra con las suyas para alimentarme?
ED. El caso es que... Pero si estás bien curado...
UAN. No lo sé... Ademas, el granizo y las tormentas
no pueden destruir otra vez nuestros campos? Y crees
tú que hoy que Genoveva ha visto pasar por delante
de sí la fortuna, podria yo decirla, toma en brazos á
nuestra hija... el tiempo es malo, pero la tierra es
grande; ven, y siempre encontraremos donde ganar un
pedazo de pan? Es imposible! Al volver á la casa de
mi madre, quizá encontraré en ella la miseria, el
frio, el hambre...

PED. Y quién te ha dicho que la riqueza hará la felici-
dad de Genoveva? Crees tú que con una casa llena de
oro, podria comprar un cariño como el tuyo?
JUAN. Oh, no!
PED. Y no sabes que el contento vale mas que la ri-
queza?
JUAN. Si; tienes razon.
PED. Ven, Juan Claudio, ven á buscar á Genoveva.
JUAN. No, no; mi presencia destruiria su fortuna.
PED. Y qué importa?
JUAN. Y si mi pobre hija llegase á morir, no podria de-
cir Genoveva al enterrarla, que tal vez la opulencia la
habria salvado? Entonces yo... me mataria con mis
propias manos y cometeria un crimen. Oh! mas vale
morir como un valiente. Adios, Pedro.
PED. Espérate: voy á conducirte lejos, para que te sere-
nes y cambies de propósito.
JUAN. (*ha abierto la puerta.*) Ah! Qué veo?
PED. Es Genoveva que sale de la iglesia.
JUAN. Genoveva?
PED. Habia venido á misa, y será facil que entre aqui.
JUAN. Dios mio, dónde me ocultaré?
PED. Allí, Juan.
JUAN. Y suceda lo que quiera...
PED. Descuida: no te he visto. (*cerrando la puerta.*)
Cómo saldremos de este pantano?

ESCENA VI.

PEDRO, GENOVEVA, JUAN *escondido.*

GEN. (*entrando.*) Buenos dias, Pedro.
PED. Hola! Vos por acá, señora Genoveva? (*procuran-
do ocultar su emocion.*)
GEN. Me he salido de la iglesia, porque tengo cosas
muy graves que decirte.
PED. (*presentándole un banquillo.*) Estoy á vuestras ór-
denes.
GEN. En primer lugar, vengo á despedirme de ti.
PED. Os marchais?
GEN. Es preciso. Ya no tengo á Juan Claudio, cuyo
trabajo nos sustentaba, y necesito aceptar la fortuna
que me espera en Venecia, para poner á mi hija á cu-
bierto de la miseria, de la que yo sola no podria li-
brarla. He entregado al párroco de San Martin las
tierras de Juan Claudio, para que con ellas socorra á
algunos pobres; y á ti te traigo los cuarenta escudos
que á tu pobre amigo han costado la vida.
PED. Pero no veis, señora Genoveva... (*medio llorando*)
GEN. No puedes rehusar; es la parte que te corresponde
en la herencia, y al mismo tiempo el recuerdo de tu
mejor amigo.
PED. Gracias, señora Genoveva. (*toma la bolsa y se la
guarda en el bolsillo.*)
GEN. Ahi tienes tambien la llave de nuestra casa, y si
quieres habitarla...
PED. Yo! Permanecer allí sin vos y sin él... Oh! no.
La riqueza ha tapiado esas puertas...
GEN. Dios quiera que esas riquezas, que tan caras me
cuestan, me ayuden á conservar el único bien que me
queda; á conservarme mi hija. Si supieseis, Pedro,
cuántas veces mientras que Juan Claudio estaba ausen-
te, he tenido á la pobre niña en mis rodillas, abrasán-
dose con la fiebre! Cuántas veces he acudido á Dios en
mi desesperacion, y Dios no me oia! El mal cesaba
cuando su padre volvia, pero todo se lo ocultaba por-

que su hija era su tesoro, su vida... Pobre Juan Claudio! El cielo sabe que mientras vivió, hice cuanto pude por evitarle el menor disgusto. (*llora.*)

PED. (Me dan unas ganas de llamar á Juan Claudio!)

GEN. Y si en medio de mi dolor me queda algun consuelo, es que cuando pienso que al vernos desde el cielo, dirá: «Ahora podrá Genoveva salvar á nuestra hija de los frios del invierno y de las brisas del otoño. Ahora podrá verla crecer bajo un sol mas benigno!

PED. (A que llamo á Juan Claudio!)

GEN. Adios, Pedro. Acuérdate siempre de que Genoveva, rica en Ferrara, vivirá allí sin un amigo verdadero.

PED. Y cuándo partis?

GEN. Dentro de media hora.

PED. Id con Dios, señora.

GEN. Que el cielo te haga tan feliz, como yo deseo! (*llega á la puerta, se vuelve y estiende su mano hácia Pedro, que este toma y besa con efusion. Genoveva parte; Juan que ha abierto la puerta dá dos ó tres pasos á la escena.*)

ESCENA VII.

PEDRO, JUAN CLAUDIO.

PED. Corramos en busca de Juan! (*viéndole.*) Juan!

JUAN. Comprendes ahora que estoy de mas en el mundo?

PED. Si... es decir, no... es preciso correr... es preciso ver...

JUAN. (*trayendo á Pedro al proscenio.*) Va á conducir á mi hija bajo un sol mas benigno! Oh! tendré valor para afrontar la metralla! He podido morir de esta herida, pero gracias á Dios que me ha permitido, antes de cerrar los ojos, verlos felices en el porvenir..... Ven, partamos. Pedro, mi cabeza se arde! (*se oyen sonar tres campanadas de la iglesia.*)

PED. Espera; esa campana anuncia que se ha concluido la misa... van á salir de la iglesia, y Genoveva pasará

JUAN. Ah! si llegase á entrar...

PED. Echaré el cerrojo. (*lo hace.*) Asi creerán que he salido... Ahora guardemos silencio. (*la campana suena hasta el fin del acto.*)

JUAN. Si yo pudiese verla otra vez...

PED. Abriré la puerta. (*yendo hácia la puerta.*)

JUAN. (*deteniendo á Pedro y mirando por la ventana.*) No; veo muchas personas que salen; son desconocidos.... sus ricos parientes sin duda... Genoveva viene entre ellos! Lleva á mi hija en sus brazos! Hija mia! Hija de mi corazon! Me la arrancan de mis brazos! Yo no puedo privar á mi hija del amor de su padre! (*en completo delirio.*)

PED. Pues eso es lo que yo digo.

JUAN. Es un sacrificio que prohibe Dios!

PED. Si... Dios lo prohibe... Voy á llamar á Genoveva.

JUAN. No, yo mismo iré... Pero, y si fuese entonces el verdugo de mi hija?...... Y si privándola de esas riquezas, la condenase á la indigencia, y despues á la muerte mas horrible? Dios mio! Dios mio! Es la herida, que se abre, ó la desesperacion la que me mata?.. Me ahogo!.. me ahogo!... Pedro! Pedro!... Si supieses... si supieses toda la amargura que destroza mi corazon en este instante! Adios, esposa mia! Adios, hija de mis entrañas! (*cae llorando en los brazos de Pedro, y la campana toca á duelo.*)

FIN DEL PROLOGO.

ACTO PRIMERO.

Salon adornado con lujo en el palacio del conde Arezzo en Paris; puerta grande al foro que dá á un vestíbulo. Puerta lateral á la izquierda; á la derecha una ventana, al lado de la cual habrá una puerta secreta; á la derecha, en primer término, una mesa; á la izquierda un confidente. Sillones elegantes, velador.

ESCENA PRIMERA.

SIMON, *despues* MOREL.

SIM. (*asomado á la ventana.*) Cuánta gente corre á ver pasar al emperador! Yo tambien iria si el señor conde de Arezzo hubiese vuelto. (*va á salir y encuentra á Morel que viene por el fondo.*) Ah! El señor Morel!

MOR. Estás solo, Simon?

SIM. Solo.

MOR. (*cierra la puerta del foro y se acerca á Simon.*) Creo que no habrás olvidado que cuando hace dos meses te coloqué en casa del señor conde de Arezzo te prometí...

SIM. Que doblariais mi salario...

MOR. Bajo la condicion?..

SIM. De que yo os diria todo cuanto pasase en su casa.

MOR. Pues bien; sabes dónde está el señor conde?

SIM. Habrá ido al Tesoro, pues ya sabeis que es recibidor de contribuciones de Venecia.

MOR. Yo vengo del Tesoro, y no está allí. Ha salido esta noche?

SIM. Al juego como todas.

MOR. Y la señora condesa?

SIM. Tambien ha salido; solamente está en casa la señorita Juana.

MOR. Tratan todavia de casarla?

SIM. Ahora mas que nunca.

MOR. Han tenido acaso el conde y la condesa alguna esplicacion?

SIM. La señora condesa consiguiente, el conde negará su permiso á su proyectado enlace?

SIM. Por lo cual se aguardarán á que dentro de diez dias como tambien sabeis, llegue la señorita Juana á la mayor edad...

MOR. Y entonces se exigirán sus cuentas de tutela?

SIM. Es probable.

MOR. (No tengo un instante que perder.) Es preciso que vea al señor conde hoy mismo. A qué hora estará aqui?

SIM. Eso lo ignoro. Algunas veces se le cree lejos de casa, y está en su habitacion; cualquiera diria que es brujo, y se desliza atravesando las paredes.

MOR. Volveré. (*deteniéndose cerca de la puerta.*) Hay cerca algun parage donde haya carruages?

SIM. Ahí, al lado, en la calle de Bac.

MOR. Hasta luego. (*vase por el fondo.*)

ESCENA II.

SIMON, JUANA.

SIM. Este hombre es amigo ó enemigo del conde de Arezzo? Su deudor, ó su acreedor? A fé mia, sea lo que quiera, lo cierto es que él me paga, y en muy buenas monedas. Hé oido un carruage... (*va á la ventana.*) Será el del señor conde? No, es el de la señora condesa. Y yo, que me he olvidado comunicar á la señorita Juana el resultado de la comision de que me encargó. Pero aquí viene. Ahora mismo iba á veros, señorita.

Ya estaba impaciente.
...He ido al correo, señorita, y no ha venido ninguna carta de Italia para la señora condesa.
...(No ha escrito!) Gracias. (Quince dias sin escribirnos!)
...(*observándola, ap.*) Creo que no le ha gustado la noticia.

ESCENA III.

Los mismos, y la Condesa.

...Juana, ahora mismo llego, y tengo que hablarte. Retiraos, Simon. (*Simon se retira.*) Qué tienes, hija mia? Estás triste? Has visto acaso al conde?
... No señora; pero cuando pienso que hace quince dias estamos esperando carta de Italia.
... Eso es lo que te aflige? Vamos, enjuga esas lágrimas, y sabe que el coronel Enrique no te olvida.
... No me engañas? (*la condesa se sienta en el confidente; Juana la sigue.*)
...n. No; disponte para que vayas á palacio.
... Yo?
...n. Si; hoy hay misa cantada en la capilla, y la mariscala te convida.
...a. Y tú?
...n. Yo aprovecharé entre tanto tu ausencia para ver al conde y hablarle de tu casamiento.
...a. Madre mia, si no te incomodases, te diria que tengo el alma demasiado triste para pensar en divertirme...
...n. No sigas. Es preciso que vayas, porque espero que has de ver en la capilla á alguna persona que disipe tu tristeza.
...a. A quien?
...on. A uno que ha llegado de Italia.
...a. Trae noticias del coronel Enrique?
...on. Y sabe tambien por qué no ha escrito hace quince dias.
... Y nada me decias?
...a. Es verdad.
...on. El coronel no ha escrito, porque la separacion se le hacia insoportable, y ha solicitado una mision al lado del emperador.
...ua. Para venir á Francia?
...on. Y la ha obtenido. Se ha puesto en camino hace dos dias, y ha llegado á Paris...
...ua. Enrique?
...on. Ayer ha sido recibido por el emperador, y hoy asiste á la misa de palacio...
...ua. Y es cierto todo eso, Madre mia? Oh! si, debe serlo, pues tú lo dices.
...on. Muy cierto, hija mia. Vé pues á vestirte. (*se levanta y pasea la escena.*)
...ua. Ah! Voy corriendo. (*va á salir y se queda parada á la vista del conde.*)

ESCENA IV.

...a Condesa, Juana, *y el* Conde, *fondo; viene acompañado de un criado á quien dá capa y sombrero.*

...on. Qué os sucede, Juana? Por ventura os causo miedo?
...ua. No, padre mio. (*con timidez.*)
...on. (*tomándola una mano.*) En verdad que me lo harias creer. Y no era justo, cuando hace poco me ocupaba de ti.
...ua. De mi?
...onde. Si; acabo de dejar á uno de nuestros mas ricos diplomáticos, que tiene un hijo empleado en el ministerio de hacienda...
Jua. (*con mucha viveza.*) Sabeis, padre mio, que estoy prometida al coronel Enrique.
Conde. Ya sé, que vuestra madre, la señora condesa, ha tenido la debilidad de alimentar las esperanzas de ese jóven, á quien conocisteis en Italia, y quisiera hablaros justamente de ese asunto. Sentaos pues.
Con. (*poniéndose entre los dos.*) Juana no puede escucharos ahora, señor conde. La están esperando para llevársela á Palacio.
Conde. Siento mucho que mi hija no pueda sacrificarme...
Con. Repito que es imposible. Vete, hija mia. (*váse Juana izquierda.*)

ESCENA V.

La Condesa, *el* Conde.

Conde. Espero, señora, que otra vez que quiera hablar á mi hija, podré contar con su atencion. (*va á poner los papeles que ha sacado sobre la mesa.*)
Con. Estraño mucho que solicitеis ahora una entrevista, que hace seis meses habeis estado rehusando.
Conde. Es que no pensaba que os obstinariais en llevar adelante un proyecto de alianza, que no autorizaba mi silencio.
Con. Y por qué habiais callado?
Conde. Porque en el mismo interés de Juana debia resistir á la peligrosa consecuencia de esa exaltacion ridícula que os estravia. (*se sienta al lado de la mesa.*)
Con. Os engañais.
Conde. Afortunadamente estoy aqui para interponer mi prudencia.
Con. Decid mas bien vuestro odio, señor conde.
Conde. Mi odio? Y contra quién?
Con. Contra mi hija.
Conde. Volvemos á las pasadas locuras?
Con. Recordareis, señor conde, que habia jurado perme disputaron la herencia de que hacia dos años estaba en posesion?
Conde. Lo recuerdo.
Con. Debeis acordaros en efecto, porque despues se me dijo que erais el que habia aconsejado semejante reclamacion. (*se sienta á su lado.*)
Conde. Esa es una calumnia.
Con. Sabeis, en fin, que el consejo soberano de Venecia, al recurrir á él, no me prometia su proteccion, si no contraia un segundo enlace con un noble italiano, el cual seria á la vez esposo mio y padre adoptivo de mi hija?
Conde. Es verdad.
Con. No teniendo entonces qué escoger entre el porvenir de mi hija y la existencia de su pobre padre, hice lo que mi deber me dictaba. Vos estabais á mi lado, vos, que habiais sabido apoderaros de mi confianza, y cuando para preservar la fortuna de mi hija, consentí en daros mi mano, firmamos un contrato, por el cual se le reconocia á mi hija la mitad de mis bienes, y vos, una vez constituido su tutor, exigisteis que se declarase en este mismo contrato, que estos bienes os pertenecerian personalmente, en el caso de que mi pobre Juana muriese. Y esta exigencia estremada, yo la he firmado, señor conde, porque despues de mi hija todo debia serme indiferente. Desde aquel dia, vos, que hasta entonces habiais rodeado á Juana de cuidados y de previsiones, habeis cesado de fingir, habeis arrojado la máscara.

Conde. Yo, señora?

Con. Cuando el primer cónsul, despues de haber conquistado la Italia, os llamó á Francia, como enviado de Venecia, no quisisteis separarme de mi hija é impedir que nos siguiese?

Conde. Yo solamente queria separar de la señora condesa de Arezzo, una hija que parecia recordarla siempre el nombre oscuro de la viuda de Juan Claudio.

Con. El nombre oscuro de Juan Claudio Thibaut, siempre me ha honrado, señor conde.

Conde. Si, no sois muy escrupulosa. Y qué mas?

Con. Poco tiempo despues de nuestra llegada á Paris, no he visto á mi pobre hija caer enferma y arrastrarse vacilante, abrumada con vuestra frialdad; desalentada por nuestras querellas domésticas, de las que siempre era ella el objeto? No le han prescrito que viage? No me he convencido, al fin, de que vuestras continuas injusticias habian sido la causa de su mal, pues al cabo de un mes de calma y de reposo, habia vuelto á recobrar la salud? Y cuando despues de dos años de permanencia en Italia, Juana y yo hemos corrido, llenas de confianza, á pediros vuestro consentimiento para su enlace con el coronel Enrique, á quien conocimos en Florencia, y á quien di mi palabra; no habeis puesto mil obstáculos á este casamiento, sin esplicacion alguna, sin el menor motivo, como si encontraseis un secreto placer en torturar á mi hija, ó como si su dicha os causase miedo de antemano? Y ahora, si no odiais á mi hija... Decidme, señor conde, de qué modo la amais?

Conde. (*levantándose, pasa al otro lado afectando gran calma.*) No responderé, señora, á una acusacion tan... insensata... que escusa, tal vez, la agitacion de vuestra alma; y os diré, sin cólera, que no me conviene autorizar la union de mi... hijastra, con no sé qué coronel desconocido.

Con. Ese coronel lleva un nombre que todo el ejército venera, porque es el hijo del general Roger.

Conde. (*con desden.*) Nunca he oido hablar de ese general.

Con. (*levantándose y yendo á él.*) Ya os he dicho, caballero, que el general Roger fué fusilado en el Monte-Cenis... con Juan Thibaut, su compañero de infortunio... No hallais, señor conde, que en la union de estos dos hijos, cuyos padres han muerto por la misma causa, hay algo de providencial?

Conde. Seguramente que eso seria muy novelesco; pero es completamente imposible, porque tambien yo tengo mi proyecto de alianza para mi hija. (*vuelve al lado de la mesa.*)

Con. Vos?

Conde. Quiero que esta alianza nos sirva para aumentar nuestras relaciones con la corte de Francia, y no estoy en el caso de abdicar mis dobles derechos de padre y de tutor.

Con. Despues de haber humillado á Juana por espacio de doce años... os acordais hoy de que sois su padre, porque se os antoja disponer de ella á vuestro capricho, y sacrificarla á alguna ambicion oculta? Pero esto, señor conde, seria un crímen.

Conde. Señora, estraño mucho...

Con. Verme tan resuelta? En efecto, esto debe sorprenderos; porque siempre he sido para con vos, si no sumisa, al menos resignada; pero mi resignacion cesa cuando se trata del porvenir de mi hija. Os declaro pues, que ese casamiento se efectuará, porque su vida depende de él; porque no quiero que un dia la sombra de Juan Claudio, muerto por causa nuestra, venga á pedir cuenta á la condesa, de la existencia de hija de Genoveva. Y aunque debiese en esta luc sucumbir, os juro, señor conde, que arrostraria muerte sin palidecer.

Conde. Quereis, segun veo, una guerra completa?

Con. No, señor conde, porque os suplico aun, q autoriceis este casamiento.

Conde. Nunca, señora.

Con. El tiempo devora el espacio, señor conde; dent de diez dias, Juana será mayor de edad.

Conde. Y entonces...

Con. Libre y dueña de sus acciones, contraerá un enl cé que el cielo bendice de antemano, y vendrá á p diros cuenta de sus bienes.

Conde. (*aterrado.*) Cómo! Osariais, sin temer el e cándalo?...

Con. La madre que defiende á su hija, no puede caus escándalo alguno.

Conde. Dentro de diez dias quereis usar de un derech rigoroso, y yo quiero usar de los mios, que deben du rar diez dias aun.

Con. (Alejaré á Juana; diez dias pronto pasarán.)

Conde. Quiero interrogar á mi pupila, á fin de convencerme de su desobediencia; y entonces, señora, podrei odiarme, porque la veré justificada; sin embargo, trataré de convencer á Juana.

Con. Desesperarla si, pero convencerla, nunca.

Conde. Mañana lo sabré.

Con. (Yo la alejaré esta noche.) (*el conde la saluda co mucha frialdad y ella se va izqui rda.*)

ESCENA VI.

El Conde, Simon.

Conde. Oh! Veo que he retardado mucho esta esplicacion. (*paseándose agitado.*) Necesito obtener de Juana lo que deseo, porque si tuviese que rendir cuentas, me veria no solamente arruinado, sino deshonrado! Felizmente faltan aun diez dias... nier está á cuatrocientas leguas de aquí... Si, si; pensemos. Tengo amigos en Florencia; uno sobre todo, hábil y atrevido. Si mientras yo trabajo aqui, pudiese él en Florencia... Si... voy á escribirle ahora mismo. (*llama á la campanilla y se sienta á escribir. Simon se presenta.*)

Sim. Ha llamado el señor conde?

Conde. Si; que desenganchen; no vuelvo á salir.

Sim. Quisiera deciros, señor conde...

Conde. Qué?

Sim. Que el señor Morel...

Conde. No puedo recibirlo, tengo que hacer, estoy de prisa.

Mor. (*entrando.*) Y yo tambien, señor conde.

Sim. (Me alegro!) (*saliendo y cerrando la puerta.*)

ESCENA VII.

El Conde *y* Morel.

Conde. Qué me quereis? (*despues de un movimiento de cólera.*)

Mor. Preveniros que acabo de endosar al banco el bono á la vista que me habeis suscrito, por suma de los quinientos doce mil francos que me debeis.

Conde. (*sigue escribiendo y le dice con mucha indiferencia.*) Pues os tomais el trabajo de recoger del banco ese bono, porque ahora no puedo pagaros.

Mor. Reunid fondos, porque tampoco yo puedo esperar.

Con. Y á qué viene esa exigencia?

[…]R. (*aproximándose al conde y á media voz.*) Viene, que mientras que os arruinais en el juego, no veis [q]ue las dificultades son cada vez mayores; no veis que [d]entro de diez dias la señorita Juana será mayor de [e]dad, y os pedirá cuentas; y como yo sé que vuestros [n]egocios están muy embrollados, quiero que no os [b]urleis de mi como de tantos otros.

[…]NDE. (*levantándose*) Y habeis creido, señor Morel, que no he pensado en todos esos inconvenientes?

[…]R. Qué tratais de hacer?

[…]NDE. Ese es mi secreto; por vuestra parte concededme tres meses de respiro, y os reembolsaré con creces.

[…]R. Eso es imposible.

[…]NDE. (*llevándole hácia la puerta del fondo.*) Concededme ese plazo, y dejadme solo; voy á concluir una carta muy importante, que dirijo á Florencia, donde está el coronel Enrique. (*se sienta para seguir escribiendo.*)

[…]OR. (*cerca de la puerta del fondo.*) El coronel? Si está en Paris!

[…]ONDE. Os engañais.

[…]OR. (*volviendo.*) Estoy seguro de ello. Ayer ha sido recibido por el emperador, y esta mañana iba á su lado en la revista.

[…]ONDE. Estáis loco; no puede ser.

[…]M. (*entrando.*) El señor coronel Enrique Roger solicita el honor de hablar al señor conde. (*el conde se levanta con precipitacion.*)

[…]OR. Cuando yo os lo decia...

[…]ONDE. Que espere. (*á Simon que se marcha; el conde pasea muy agitado.*)

[…]OR. Lo creeis aun en Florencia?

[…]ONDE. Pues bien, me alegro en el alma que él mismo haya venido. Sentaos; (*señalando al confidente.*) voy á recibirlo delante de vos, y de tal modo, que acaso hoy mismo se rompa este casamiento.

[…]OR. Tendria que ver. (*sentándose.*)

[…] Que entre el señor coronel. (*alzando la voz y sentándose al lado de Morel.*)

ESCENA VIII.

Los mismos, Enrique.

Enr. Dignaos recibir, señor conde, mis respetuosos afectos.

Conde. Cuál es, caballero, el objeto de vuestra visita?

Enr. No ignorais, señor conde, que aspiro á ser el esposo de la señorita Juana, vuestra hija. Con este fin he tenido el honor de dirigiros dos cartas desde Italia, las cuales, con gran sentimiento mio, han quedado sin respuesta.

Conde. Lo cual daba á entender que desechaba vuestra peticion.

Enr. Es verdad: pero como mi sola dicha en este mundo depende de ese casamiento, he querido venir á solicitaros, á suplicaros...

Conde. Os declaro que mi negativa es inmutable.

Enr. Sabed, señor conde, que soy portador de un mensage de tal naturaleza, que os obligará á cambiar de tan estraña determinacion.

Conde. Un mensage? (*levantándose.*)

Enr. (*con dulzura.*) Pero antes de hacer uso de ese medio, os suplico que me oigais.

Conde. (*imperiosamente.*) Ese mensage, ó me retiro.

Enr. Una vez que lo quereis, aqui está. (*se lo dá.*)

Conde. (*lo toma bruscamente; movimiento de Enrique.*) Tengo curiosidad de saber quién es el que se vanagloria de poder influir sobre mi voluntad.

Mor. (Y yo tambien.)

Conde. (*leyendo con indiferencia.*) «Conde, vuestra esposa ha prometido la mano de su hija al coronel Enrique Roger; y como el coronel es hijo de uno de mis compañeros de armas, apruebo este casamiento, y tendré sumo gusto en firmar el contrato. Napoleon.» El emperador! (*estrujando la carta con cólera.*)

Mor. (Vamos: ha perdido la partida!)

Conde. Los deseos del emperador son órdenes para mi; pero aqui se me impone... una voluntad... y debo confesaros, caballero... que sorprendido, como lo he sido, necesito algunos dias para prepararme.

Enr. Esperaremos, y durante este plazo, tendreis tiempo para conocerme, y entonces, tal vez, deberé á vuestra voluntad lo que hoy á la intervencion del emperador. Entonces olvidaremos ese mensage, del que nunca me hubiera servido, si vuestra fria acogida no me hubiese obligado á ello. Ahora me retiro sin ver á la señora condesa, llevando conmigo el secreto de lo que ha pasado; por lo demas, espero que lo que ha comenzado por el temor, concluirá por la amistad.

Conde. Lo dudo. Adios, caballero. (*todavia confuso y rehusando darl[e] la mano.*)

Enr. Hasta mas ver. (*despues de un movimiento, vase. El conde y Morel se miran antes de hablarse.*)

ESCENA IX.

El Conde, Morel.

Conde. Qué decis á esto, Morel?

Mor. Lo que digo es, que salgais del atolladero si podeis. En cuanto á mi, tengo el honor de saludaros. (*cogiendo su sombrero.*)

Conde. A dónde vais?

Mor. A apresurar la presentacion del otro bono, y meteros en la cárcel cuanto antes.

Conde. Y no sabeis que al proceder contra mi, os perdeis tambien?

Mor. Yo? (*cerca de la puerta del fondo.*)

Conde. Porque todo lo he dispuesto para que asi sea.

Mor. Cómo, cómo? (*volviendo á la escena.*)

Conde. La fortuna que habeis adquirido de un año á esta parte, la debeis esclusivamente á mi proteccion, y mi ruina os llevaria al tribunal de Justicia, y desde alli...

Mor. Pero esto es un asesinato!

Conde. No, esto no es mas que prevision.

Mor. Sois un infame! (*furioso.*)

Conde. Pardiez! Si soy un infame, vos sois otro tanto, y ahora mismo os lo probaria. Pero no tenemos tiempo para ocuparnos de esto. Se trata de que salgamos de esta dificil situacion.

Mor. Vuestra situacion no es la mia; me habeis suscrito una obligacion, que no tiene nada que ver con nuestras relaciones; porque está perfectamente en regla. (*quiere salir.*)

Conde. (*interrumpiéndole el paso.*) Os la he suscrito en nombre de Morel, y no os llamais Morel.

Mor. Yo?

Conde. Vos, que habeis tomado este nombre, despues de haberos escapado de Florencia, donde debiais haber sido juzgado como falsario.

Mor. Cómo! Sabeis?...

Conde. Sé que el dia en que querais hacerme daño, puedo devolveros al enviado de Venecia, que me desembarazaria de vos.

Mor. Teneis un modo de convencer... que... en fin, qué quereis hacer?

Conde. Todo lo que pueda salvarnos. Decir...... por

ejemplo... que he visto á Juana... (*á media voz.*) moribunda, desauciada por los facultativos...

MOR. Si; pero despues de su muerte, tendreis que dar cuenta á sus herederos...

CONDE. No, porque por medio de un contrato que existe, soy su heredero, su legatario.

MOR. Diablos! Teneis el juego en vuestras manos.

CONDE. Si; pero para eso necesitamos combinar... seria preciso que provocaseis al coronel... una querella... un duelo...

MOR. No, no, gracias; me mataria tal vez, y yo aprecio mucho mi vida. Pero se podria por medio de la mentira y de la calumnia?...

CONDE. (*interrumpiéndole.*) Eso es cuenta vuestra; encargaos del coronel; yo me encargo de mi hija; mañana estará ya en mi poder.

MOR. Mañana será tarde, porque estará ya muy lejos de aqui.

CONDE. Lejos de aqui?

MOR. Su madre debe alejarla esta noche, si es que ya no lo ha hecho.

CONDE. Quién os lo ha dicho?

MOR. Lo sé, y puedo convenceros.

CONDE. Cómo?

MOR. Ante todo, quién es uno que llaman Ambrosio, y que vive en Chaillot?

CONDE. Un antiguo servidor de la condesa, á quien he despedido, porque se creia con derecho á defenderla.

MOR. Pues bien; la condesa ha conservado relaciones con él; apenas ha salido de aqui, le escribió una carta.

CONDE. Y que le decia?

MOR. Leedla, y lo sabreis. (*dándosela.*)

CONDE. Y cómo ha venido á vuestras manos?

MOR. Porque uno de vuestros criados, á quien la señora condesa habia encargado que la echase al correo, me la ha vendido, mientras yo esperaba en la antesala.

SIM. (*entrando con un candelabro con bugias que deja en el velador.*) Perdonad, señor Morel.

CONDE. Qué quieres?

SIM. El cochero que el señor Morel [illegible] puerta, dice que si este caballero no necesita ya su carruage de plaza?

MOR. Que espere. Allá voy.

CONDE. No; que se vaya. (*bajo á Morel.*) Necesito de vos esta misma noche... Las horas son preciosas.

MOR. Es que me esperan en mi casa.

CONDE. Avisad. (*se sienta al lado de la mesa y examina la carta.*)

MOR. Bien; avisaré con ese cochero. Que entre ese hombre.

SIM. En la antesala está.

MOR. Pues que pase al momento. (*vase Simon, Morel vuelve á sentarse.*)

CONDE. (*leyendo.*) «Ambrosio, calle de las batallas en Chaillot. Si; es la letra de la condesa. (*abre la carta y la recorre.*)

ESCENA X.

Los mismos y JUAN *con el sombrero en la mano.*

JUAN. Qué me ordenais, caballero?

MOR. Cuánto os debo?

JUAN. (*sacando su reló.*) Siete francos.

MOR. Tomad diez, y quedaos con el resto.

JUAN. Gracias, caballero. (*va hácia la puerta.*)

MOR. Esperad; llegaos á la plaza de los Bosques, número 7, y decid al dueño de la casa, que no esperen esta noche al señor Morel.

JUAN. Está bien. (La plaza de los Bosques; pues no me dá nada de mas.)

MOR. Qué deciais?

JUAN. Nada, señor. (*poniéndose el sombrero.*)

MOR. Qué número tiene vuestro carruage?

JUAN. El 226.

MOR. Bien; si mañana sé que no habeis cumplido vuestra comision, haré que os saquen la multa.

JUAN. Descuidad. (*vase.*)

ESCENA XI.

MOREL, *el* CONDE.

MOR. Y bien? (*al conde y levantándose.*)

CONDE. Habeis leido esta carta?

MOR. La he recorrido velozmente.

CONDE. Leedla pues. (*levantándose y dándosela.*)

MOR. (*leyendo.*) «Ambrosio: el señor conde de Arezz quiere utilizar sus últimos dias de mando para martirizar á mi hija, y no puedo ocultarla de otro modo mejor, que enviándola á vos. A las diez en punto de esta noche, saldrá Juana secretamente, y sola en un coche; bajará por la calle de Bernuil y de Bac, en donde se apeará. Apresuraos, y estad en el rincon de esta última calle, á donde irá á buscaros. En seguida la llevareis hasta Chaillot, y mañana partíreis con ella á Fontenebló, permaneciendo alli diez dias. No me escribais, porque vuestras cartas podrian indicar su retiro. Despues Juana misma os dirá lo que haya de hacerse.» Y son las diez menos dos minutos. (*mirando el reló.*)

CONDE. Ahora que todo lo sé, debo desear esa partida; porque podré reunirme con Juana, sin temer la intervencion de su madre.

MOR. En efecto.

CONDE. Y en vez de ocultármela, resultará que la condesa misma la pone entre mis manos. Oh! Cuánto sentiria que hubiese cambiado de idea! (*va á la ventana y separa las cortinas.*) Quitad esa luz para que no se vea mi sombra. (*Morel coge la luz y la pone sobre el velador.*) No hay nadie en el [illegible] la puerta del vestíbulo; son ellas, atraviesan el patio... la condesa abraza á su hija... Partió! (*se quita de la ventana y se pasea muy agitado.*)

MOR. Y qué hacemos? Porque como esa carta no ha corrido, Ambrosio no estará, y Juana se volverá.

CONDE. No lo creais. Son ya las diez?

MOR. Dadas... en punto. (*se oye rodar el carruaje.*)

CONDE. Ah! El carruaje parte. Es preciso apoderarnos de esa muger. (*llama á la campanilla.*) No tenemos un minuto que perder. (*á Simon que se presenta.*) Traed otra luz; tengo que arreglar cuentas con el señor Morel, y queremos trabajar toda la noche. (*Morel pasa como para sentarse á la mesa.*)

SIM. Bien, señor conde.

CONDE. Sobre todo, que nadie nos interrumpa.

SIM. Descuidad, señor conde. (*sale Simon, el Conde echa los cerrojos; Morel le examina.*)

CONDE. Venid, Morel; despachémonos.

MOR. Decis á vuestras gentes que quereis estar encerrado en vuestro cuarto, y os van á ver salir.

CONDE. No... (*abre la puerta secreta.*) Por esta puerta secreta iremos al jardin, desde donde saldremos á la calle sin ser vistos.

MOR. Bien. (*coge su sombrero. El conde coge dos disfraces de un armario y dá uno á Morel.*)

CONDE. Tomad este disfraz... Yo me quedo con otro.

MOR. Y para qué me dais este embeleco?

CONDE. Porque asi lo aconseja la prudencia.

MOR. Y cuál es vuestro plan?

CONDE. Ahora no lo sé; ya lo pensaremos en el camino.

MOR. Pero ...

CONDE. Quereis perder las huellas de Juana é ir conmigo á un encierro?

MOR. No.

CONDE. Pues partamos.

MOR. Ya os sigo.

CONDE. Pasad delante. (*haciéndole pasar por la puerta secreta.*) Ah! Estas sortijas me venderian! (*se las quita y las pone sobre la mesa.*) Ahora que encomiende su alma á Dios! (*sale despues de Morel.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Una especie de sótano grande, dependiente de la habicion de Juan Claudio, en la carrera de los hombres ienos.

Gran puerta abierta al fondo, la cual da á un patio equeño, en el que se vé el coche marcado con el número 226.

Puerta lateral á la izquierda que dá á una cuadra. Junto á esta puerta, en primer término, un gran cofre de avea. A la derecha, en segundo término, una escalerilla de alo que dá á un corredor, que termina en un cuarto esterior. Al alzarse el telon, Pedro está dormido sobre un monton de paja, cerca de la escalera. Al fondo, á la izquierda de la puerta grande, se ven algunas figuras de yeso puestas sobre una tabla, propia para ser llevada sobre la cabeza; esta tabla está colocada sobre un banquillo: otros dos banquillos. Juan está sentado á la izquierda, ocupado en charolar un arreo de caballo. Esparcidos por todas partes arneses, fustas y otros objetos que estarán colgados en las paredes. La señora Marta entra por el fondo trayendo un cesto, y sube la escalerilla de palo. Trae puesto un gran gorro ó cofia blanco.

ESCENA PRIMERA.

JUAN, PEDRO, *durmiendo*; LA SEÑORA MARTA.

JUAN. Hola! Estais ahi, señora [illegible] rad un momento, que voy á daros una cosa para la joven que tenemos recojida. Tomad. (*va al patio, abre su coche. Durante este tiempo, la señora Marta que ha continuado en subir la escalera, ha desaparecido: Juan vuelve á la escena, trayendo un paquetito en la mano.*) Se ha marchado?... Ah!... siempre me olvido que la pobre es mas sorda que una tapia.. Otra vez será..... porque si grito, despertaré á Pedro, (*pone el paquetito sobre un banco*) y el pobre necesita dormir... hace cinco dias que con motivo de la feria, no descansa un momento con sus monigotes al hombro... Le dejaremos dormir hasta mañana, que irá como lo tiene de costumbre, á distraerse oyendo las causas criminales... Ola! Las doce y media ya. (*ha mirado su reló y despues toma dos cubos.*) La fuente estará ya abierta, y es preciso ir por agua, para dar de beber á mis caballos... (*sale por el fondo llevándose los cubos.*)

PED. Eh! ¿quién anda ahi? (*se rebulle sobre la paja y se levanta de repente con sobresalto, mirando á su alrededor.*) Ah! Pues si es una mosca que me ha picado!...(*se levanta y vé el coche*) Ola! Juan ha vuelto... Juan?... (*vá á mirar en la cuadra*) No está en la cuadra!... Estará en su cuarto... (*deteniéndose cerca de la escalera.*) No puede ser... su cuarto está ocupado por la joven, cuya historia me ha contado la señora Marta.

JUAN. Qué es lo que te ha despertado, Periquin? (*aparece en el fondo trayendo los cubos llenos de agua.*)

PED. Una mosca.

JUAN. Allá voy, Marengo, allá voy! (*mirando á la cuadra*)

PED. Dale de beber, y mientras me comeré un pedazo de pan. (*Pedro abre el cofre, coge un pan, le corta un pedazo y come Juan; ha entrado en la cuadra con los cubos y sale al punto.*)

JUAN. Ea! ya está todo...Dime, has ganado mucho con tus monigotes? (*limpia los arreos que estan colgados por la pared.*)

PED. He vendido unos quince, y voy á reponer los huecos. (*saca de un cofre muchas figuras y las vá colocando en la tabla.*)

JUAN. No debiste salir ayer, con el dia tan fatal que estubo...

PED. Es verdad; y asi hubiera podido ir al juicio de la tahonera; que estaba acusada de tener dos maridos. (*dice todo esto comiendo y arreglando figuras.*)

JUAN. Creo que ha sido condenada á diez años de reclusion? (*arreglando los arreos*)

PED. Estuviste?

JUAN. No, lo supe en la prefectura.

PED. Pues qué fuiste á hacer en la prefectura?

JUAN. Fui á depositar una cartera, que dejó olvidada en mi coche un joven...

PED. Si, cuando te zambulliste en el Sena. (*acercándose á él.*)

JUAN. Cómo lo has sabido?

PED. Esta mañana, cuando llegué, subi á tu cuarto, y la señora Marta, que estaba alli, al lado de esa joven, me contó lo ocurrido, añadiendo la joven que te debia la vida.

JUAN. A mi? Y tambien á Marengo.

PED. A tu caballo?

JUAN. Oyeme. Volvia el jueves por la noche de la plaza de los Bosques, y al dejar la calle de Rivoli, Marengo se inclinó hácia la izquierda, para marchar por la orilla del agua... Como no tenia que hacer, le dejé andar, pero no habiamos llegado á lo alto del puente de Jena, cuando percibo como una cosa pesada que cae en el Sena. Ya sabes que el rio por alli tiene poca agua, y por eso bajé con mi coche por lo largo de la verja, y vi claramente que el golpe procedia de una muger que luchaba con la muerte. Sin vacilar un momento, me arrogé al agua, logrando con mil fatigas salvar á la pobre muger... El pobre Marengo, que me sigue siempre como un perro, estaba junto á mi, y gracias á esto pude meter á la joven en el coche, y traerla aqui por primera medida. Desperté á la señora Marta, nuestra vecina, y al médico del lado, y los dos acudieron. Si vieses, Pedro, que noche pasamos! Al dia siguiente, la joven no era una muger, era una loca devorada por la fiebre; pero quiso Dios que se serenase un poco, y qué, segun el médico, esté ya fuera de peligro.

PED. Y sabes si se echó voluntariamente al agua?

JUAN. Lo que sé es, que se ahogaba. Anoche me pidió que la acompañase á la casa de un tal Ambrosio; pero alli supimos que este habia ido hacia dos dias á ver á su hermana, que vive en Melun... por lo cual nos volvimos aqui.

PED. Y qué te ha dicho de su historia?

JUAN. Parece que iba aquella noche á la casa de Ambrosio; y que al llegar á la esplanada, dos ladrones enmascarados se precipitaron sobre ella, la arrancaron el reló y el collar, y la arrojaron al agua.

PED. Voy á la casa del comisario á darle parte. (*escapándose.*)

JUAN. No, no. (*deteniéndole*)

PED. Si, si; á mi me gustan mucho estas cosas...

JUAN. Crees que yo no tube tambien ganas de dar parte?

PED. Y qué te lo impidió?

JUAN. La pobre joven, que me ha suplicado espere á que

haya vuelto con su familia, y que está aun muy mala para esponerla á nuevas emociones... No sabes cómo se llama?

Ped. No.

Juan. Juana, como mi hija!...

Ped. Pobre Juana!

Juan. Que será de mi hija y de Genoveva? (*pensativo.*)

Ped. (No las puede olvidar el pobrecillo!)

Juan. Diez y ocho años hará bien pronto! (*pensativo.*)

Ped. Juan! Juan!... Te parece que vayamos á ver á esa señorita?

Juan. Si, la distraccion le hará provecho. Entra tú primero, y cumple la comision de que voy á encargarte.

Ped. Di.

Juan. Cuando se vistió ayer, para ir à la casa de ese Ambrosio, echó de menos su gorro; y como yo no podia ofrecerle ninguno de la señora Marta, al pasar esta mañana por el mercado, vi uno y le compré. (*coge el paquete.*) Yo no sé de qué modo ofrecérselo, y por esto vas á dárselo de mi parte.

Ped. Corriente. (*tomando el paquete*)

Juan. Entretanto doy la última mano al collar de Marengo, y corro á reunirme contigo. (*vuelve á su faena*)

Ped. Y mas adelante yo tamb en le haré mi regalo... hasta luego. (*sube la escalera*)

Juan. Cuidado qué no le hables del comisario.

Ped. No faltaba mas. (*desaparece*)

ESCENA II.

Juan; *despues* **el Coronel Enrique.**

Juan. Que contento estoy con que Pedro haya venido á mi lado! Asi sentiré menos tambien el vacio que dejará en mi alma la marcha de esa joven. Ayer noche, cuando estaba á su lado, y la candela alumbraba su rostro, crei un instante que veia á Genoveva como hace veinte años! (*se queda pensativo.*)

Enr. Si... aqui es... numero 226. (*entrando por el fondo y mirando al coche* [illegible]) es el cochero sin duda.

Juan. Quién será este hombre?

Enr. Me he dejado olvidada en vuestro coche una cartera.

Juan. Era vuestra! Pues id por ella á la prefectura, en donde la he depositado.

Enr. Esta mañana me ha sido enviada.

Juan. Entonces, á qué venis?

Enr. Como esa cartera, ademas de unos billetes de banco, contenia unos papeles que son para mi de una importancia incalculable, afectado profundamente por vuestra providad, he venido á entregaros la justa recompensa.

Juan. Caballero; el que se apodera de lo que no es suyo, comete un robo; y el hombre que no roba, no merece recompensa, porque cumple su deber.

Enr. Señor Juan; sois un hombre honrado! (*despues de un movimiento.*)

Juan. Asi lo creo.

Enr. Y quiero haceros una proposicion.

Juan. Hablad.

Enr. Quereis entrar á mi servicio? Poneros al frente de mi caballeriza?

Juan. Mil gracias; pero la librea no se aviene con el trage militar que he llevado tanto tiempo.

Enr. Habeis servido?

Juan. Durante catorce años.

Enr. Perdonadme. Sé muy bien que teneis razon, porque yo tambien soy soldado, é hijo de soldado.

Juan. Sois militar? Yo lo fui desde el 95 hasta el...

Enr. Hariais las campañas de Italia?

Juan. La primera y la segunda; y entre una y otra la de Egipto.

Enr. Y cómo no llegasteis á oficial?

Juan. Por que no sabia ni leer ni escribir... y ved lo que son las cosas!. Despues que degé el servicio, aprendi un poco de esto, porque como para ser cochero es preciso leer los nombres de las calles, y los números de las casas...

Enr. Tengo que ofreceros otro empleo.

Juan. Decid.

Enr. Los guarda-bosques llevan un uniforme igual que es el de los Veteranos. Gracias á mi posicion en el egército de ocupacion de Italia, puedo brindaros con un empleo de Guarda en las selvas del Piamonte.

Juan. Muy feliz me consideraria, Caballero, muriendo en el Piamonte, desde donde se ven las cimas de los Alpes... pero no puedo dejar esta profesion mientras que viva Marengo.

Enr. Quién es Marengo?

Juan. Mi caballo, el veterano... Estuvimos juntos en Marengo, en donde un sablazo que venia á mi directamente, le cortó la oreja izquierda...

Enr. Pues tened entendido, que el empleo de guarda que os ofrezco, estará á vuestra disposicion siempre que me reclameis el cumplimiento de mi palabra.

Juan. Acepto para mas adelante.

Enr. Cuando querais saber mi residencia, preguntad en el depósito de la guerra. (*dándole una targeta.*) Ved ahi mi nombre; me llamo el Coronel Enrique Roger.

Juan. Un general hubo de ese nombre. (*tomando la targeta*)

Enr. Era mi padre.

Juan. Vuestro padre?

Enr. Mi padre, fusilado en el Monte-Cenis, víctima de una infame traicion,

Juan. Oh! si! Y sois hijo del General? [illegible] quizás á sus ordenes?

Juan. No! no! Yo me llamo Juan el Montañés, y comencé mis servicios en otra época...

Enr. No importa, reitero mi promesa.

Juan. Gracias, Coronel.

Enr. A Dios.

Juan. Os acompañaré. (*sale con Enrique por la cuadra izquierda. En el instante mismo aparece Pedro en la escalera y baja con precaucion.*)

ESCENA III.

Pedro, Juana; *poco despues,* **Juan.**

Ped. No oigo hablar... Venid, señorita... (*á Juana que está del lado de á fuera.*) Ya no hay nadie.

Jua. Se ha marchado ya el señor Juan? (*bajando con inquietud, trae puesto el gorro que le dió Juan.*)

Ped. No! El coche está aquí en el patio. Quereis que le llame?

Jua. No; no le incomodeis.

Ped. Aqui está. (*viéndole venir por la cuadra.*)

Juan. (*viene hablando para si.*) El hijo del general Roger? Estas ahi, Pedro? Y vos tambien, señorita?

Jua. Os esperaba, para daros gracias por el regalo que me habeis hecho. Qué tal os parece?

Juan. Oh! Estais bellísima!.. No por el gorro, que no vale nada, si no porque habeis recobrado los colores. (*Pedro se apresura á ofrecer un banquillo á Juana, que ella acepta y se sienta.*)

Jua. Veo, señor Juan, que tenemos qué hacer un gran

eglo de cuentas: tantos cuidados, tanta bondad, y to dinero gastado por causa mia...

A. Dinero, señorita? No lo creais.

Y aun tengo que exigir una cosa á vuestra inagotle bondad.

. Decid, señorita.

(Si fuera un chal, le ofreceria el que he comprado á la frutera que me cuida el cuarto... voy por él.) (busca en el cofre de la avena.)

Creo que ya hace cuatro dias que estoy en vuestra sa?

. Si, señorita, cuatro dias.

He recordado, al verme libre de la fiebre, que demucho á Dios y á vos, y conozco que necesito ver mi madre.

. Oh! Cuanto estará sufriendo vuestra pobre madre!

No; felizmente no me espera, porque me cree en age.

. Pues eso es una ventaja! Y vuestro padre? (*se erca trayendo oculto á la espalda el chal.*)

Mi padre? Por huir de su lado, (*Pedro de vez en ando mira á hurtadillas y con satisfaccion el chal.*) aprendí el viage que es causa de la desgracia que laento.

. No os quiere quizás?

Mi madre perdió su primer esposo.

. Es decir, que ese otro es vuestro padrastro solaente?

Si; y por su causa no corro ahora mismo á abrazar mi madre, viéndome obligada á esperar hasta mañana (*se levanta.*) El favor que os pido, es que me deis avisarla en secreto... no de la desgracia ocurrida, no de la visita inesperada que quiero hacerle. Tendreis reparo en llevarle una carta mia. (*durante esta scena, Pedro ha pasado al otro lado mostrando el hal lleno de satisfaccion.*)

. (Ahora pide el chal.)

N. Lo haré con mucho gusto, señorita.

ue si cayese en manos de mi padrastro, podria resular alguna desgracia.

N. Tranquilizaos... Ya se acerca la noche, y de camino que me consagro á mi faena... Vive en Paris uestra madre?

. Calle de Vernuil, número 8.

N. Número 8? Me parece que os equivocais de número.

. No.

N. Ese es un palacio magnífico!

. Que pertenece á mi madre.

N. A vuestra madre? (*Pedro empieza á liar su chal esaroso.*)

. Y una vez alli, rogareis al portero que os conduzca á donde esté la señora condesa de Arezzo.

N. Qué, señorita!.. Sois hija de una condesa?

. Si.

D. (Hija de una condesa! Ir á ofrecerle un chal de frutera á una señorona asi; mi gozo en el pozo.) (*ap. retrocediendo y llevando el chal al cofre.*)

N. Y yo me he atrevido á ofreceros ese gorro en vez de un sombrero lujoso? Perdonadme, señorita.

. Este gorro, señor Juan, no lo cambiaria por una diadema... y será para mi siempre el mas glorioso recuerdo de mi vida.

D. (De veras? Pues voy á ofrecerle el chal.) (*ap. desdoblándole otra vez.*)

N. A dónde vás, imbécil? No ves que ese chal es un trapo? (*bajo á Pedro al acercarse con el sombrero quitado.*)

PED. (Vale mas que tu papalina.)

JUAN. (Eh! Vete!) (*ap. á Pedro que se retira murmurando y doblando el chal.*) Cuando gusteis, señorita.

JUA. Voy á escribir.

JUAN. Pedro os acompañará, y os dará los avios necesarios.

PED. Cuando gusteis, Señorita... (Vaya! un chal que me costó dos francos!)

JUAN. Mientras escribis esa carta, preparo mis caballos.

JUA. Bien.

PED. Por aqui, señorita. (*sube la escalera y Juana le sigue.*) (Quiere decir, que le daré el chal á la frutera para que me haga un chaleco.)

ESCENA IV.

JUAN, *solo; el cual los ha seguido con la vista.*

Su padrastro la hace desgraciada?.. A una niña que es un angel, un tesoro?.. Hay cosas que no pueden comprenderse... Vamos al trabajo! (*yendo á coger un collar que está junto á la puerta de la cuadra.*) Es la hija de una condesa... y mi Juana tambien debe serlo, porque Genoveva era de noble familia... en dónde está el látigo? (*lo busca y se lo pone al cuello.*) Aqui está. Juana debe tener bien pronto veinte y un años... Acaso estará ya casada... si es que Dios la ha conservado la vida... Si, si; se la habrá conservado, porque yo he rogado mucho por ella, y cuando dentro de unos dias sea el aniversario de su nacimiento, iré á decir una misa para que Dios la haga feliz... como lo hago todos los años... Pero me estoy entreteniendo con vanas quimeras, y me olvido de esa pobre niña... En dónde está el látigo?... Yo lo tenia ahora entre mis manos... Ah! si me lo he echado al cuello! Cuándo pienso en estas cosas, no sé ni lo que hago, ni lo que digo...

ESCENA V.

JUAN, PEDRO.

PED. Juan! Juan! Tú necesitas ocuparte con el coche... yo iré á llevar esa carta... Tú no debes encargarte de eso. (*viene por la escalera y demuestra mucho azoramiento.*)

JUAN. Por qué motivo? (*observándole.*)

PED. Oyeme!.. Ahora cuando la Señorita se puso á escribir, le dige yo: «Pues si vuestra madre es condesa, tambien lo sereis vos.» «No» me contestó; los padres solamente dan los títulos á los hijos, y mi padre era un pobre que murió hace tiempo en el Monte-Cenis, sirviendo de guia á un General francés!

JUAN. Dios mio!

PED. Y cómo se llamaba, le pregunté? Juan Thibaut, me contestó.

JUAN. Es mi hija! Es mi Juana! (*se dirige á la escalera.*)

PED. (*deteniéndole.*) A dónde vas?

JUAN. Estás bien seguro de lo que me has dicho?

PED. Y estoy bien seguro tambien de que la condesa de Arezzo... es Genoveva.

JUAN. Ambas viven! Oh! Ahora veo por qué el cielo me ha guardado de la metralla durante doce años! Me ha guardado, porque debia un dia arrancar á mi hija de la muerte. Ah! Con que es decir que esa niña cándida y hermosa, es el angel que yo mecí en mis brazos? Dios mio! Dios mio! Ya estoy recompensado de todas mis penas! (*con delirio.*) Condúceme á su lado... llévame á abrazarla!

PED. Cálmate, Juan; es preciso no dejarse arrastrar.....

porque... yo... tampoco soy muy sólido... y ya ves... como lloro tambien.

JUAN. Es que tú no eres su padre.

PED. Cómo es eso? Y no soy su padrino?

JUAN. Si, si; tienes razon, Pedro. (*tendiéndole los brazos.*) Pobre viejo, como yo. (*Pedro se arroja en sus brazos; Juan se enjuga las lágrimas.*) Quién creeria que Dios la ha traido á la casa de su padre?

PED. Y Dios tambien ha sido quien la inspiró la idea de impedirte que fueses á declarar el caso al comisario... Porque entonces hubiera sido forzoso comparecer tú, tu hija, la madre y el padrastro... y la justicia, que tiene siempre los ojos como barreños, hubiese hallado otra muger con dos maridos... y ya sabes lo que le ha pasado á la pobre tahonera... Diez años de presidio...

JUAN. (*vivamente.*) Pero Genoveva no es culpable! Ella me creia muerto; ella no queria volverse á casar. Juana nos lo ha dicho, y que por ella se sacrificó, contrayendo ese nuevo enlace.

PED. Todo eso está muy bien. Pero la ley es la ley! Tú has dejado creer que estabas muerto; y no estabas muerto. Y luego, que Genoveva seria pobre contigo, es rica y condesa con otro... Figúrate si se descubriese que vive su primer marido...

JUAN. Tienes razon... si... podrian deshonrarla... y no lo permitiré jamás. Pero qué medio emplear? Genoveva querrá ver al que ha salvado á su hija...

PED. Pues eso es lo que hay que evitar.

JUAN. No temas nada... no sucederá. Genoveva no me verá nunca. Me han ofrecido un destino en el Piamonte, y tengo aqui la targeta del coronel que me lo ha ofrecido... Voy en su busca... Ya ves, Pedro, como se gobierna todo.

PED. Calla! Aqui está tu hija!

JUAN. Ella es! (*con éxtasis. Juana aparece y baja la escalera.*)

ESCENA VI.

[illegible]

JUA. Aqui está mi carta, señor Juan.

PED. (*adelantándose.*) Yo soy, señorita, quien va á llevarla. Juan está algo cansado, y yo he dormido como un cachorro... Pero descuidad; vuestra carta será fielmente entregada á la señora condesa.

JUA. Os doy las gracias de antemano. (*le dá la carta.*)

PED. Juan! Eh! buen viejo! Eh! Quieres darme un cepillon? (*á Juan que considera con éxtasis á Juana.*)

JUAN. Si, con mucho gusto.

PED. (*á media voz.*) Que no te vayas antes que yo vuelva.

JUAN. (*bajo á Pedro.*) No; esperaré á que mi hija se haya dormido para darla un abrazo!

PED. Andando! (*cogiendo la tabla de las figuras de yeso.*)

JUAN. Y cuidado! (*ayudándole.*)

PED. Ajajá... (*con la tabla en la cabeza.*) Hasta la vuelta, señorita Juana... Hasta luego, Juanillo. Santi, boniti, barati! (*sale gritando y repitiendo la voz.*)

ESCENA VII.

JUAN y JUANA.

JUA. (*que ha quedado pensativa, dice ap.*) Dentro de poco leerá mi madre mi carta, y mañana la veré en secreto en casa del coronel Roger.

JUAN. (Mañana iré á la casa del coronel Roger á pedirle el nombramiento de guarda... pero entre tanto puedo pasar algunas horas al lado de mi hija.)

JUA. Me vais á hacer compañia, señor Juan?

JUAN. Si, señorita; vamos á subir juntos al lado de lumbre.

JUA. Quereis darme el brazo, señor Juan? (*acercánd[illegible] á él.*)

JUAN. Con mil amores, señorita. (*contemplándola.*) (I[illegible]ja de mi corazon! (*Juana le coge el brazo y el tel[illegible] cae mientras que suben la escalera; Juan va profu[illegible]damente conmovido.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Un salon en casa del coronel Enrique; puerta al fon[illegible] y otra á la derecha; á la izquierda balcon con puert[illegible] de cristales. Un confidente á la derecha. Muebles, sill[illegible]nes, etc.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, *despues* BENITO.

ENR. Por fin ha escrito Juana! (*sentándose en el conf[illegible]dente.*) Hoy debe salir de Fontenebló para reunirse c[illegible] secreto con su madre. Espero que no habrá necesida[illegible] de una nueva ausencia; puesto que el conde de Arezz[illegible] consiente en la boda y se ha reconciliado con la co[illegible]desa. Cuanto va á sorprenderse Juana al saber [illegible] cambio tan repentino y estraordinario! Ah! la car[illegible] del emperador ha hecho un milágro!

BEN. (*entrando.*) Estoy á vuestras órdenes, señor co[illegible]ronel.

ENR. Os estaba esperando, Benito! Sabeis á qué hor[illegible] llega la diligencia de Fontenebló?

BEN. Por lo regular de doce á una.

ENR. En dónde para?

BEN. En la plaza Delfina.

ENR. Tomad mi carruage, é id á ese punto. Ya cono[illegible] [illegible] la veais apearse de la diligencia, la direis que e[illegible] nombre mio vais á recibirla.

BEN. Está bien, señor coronel. (*se oye llamar.*)

ENR. Ved quién llama. (*sale Benito.*) Será, tal vez, algun mensage de la casa de la condesa.

BEN. (*anunciando.*) La señora condesa de Arezzo.

ENR. Que no se detenga. (*ella aparece.*)

ESCENA II.

ENRIQUE, *la* CONDESA, BENITO.

CON. Tengo que hablaros, coronel.

ENR. Id, Benito; no tardeis un instante. (*Benito saluda y vase.*) Me venis á anunciar alguna mala nueva?

CON. Al contrario, vengo á daros muy buenas noticias.

ENR. El criado que habeis visto, va en nombre mio á recibir á vuestra hija. (*le indica que se siente, y lo hace en el confidente.*)

CON. Estará aqui dentro de dos horas, porque la diligencia llega á las doce y media.

ENR. Continuad ahora.

CON. Recordareis que ayer noche, cuando salisteis de casa, me dejasteis sola con el conde?

ENR. Es verdad.

CON. Pues bien; tuvimos una larga conferencia con respecto á Juana. Hallé al conde tan arrepentido de su conducta, que despues de acusarse de la frialdad que habia demostrado, me hizo mil elogios de vos, y me dijo que deploraba el alejamiento de mi hija, por lo cual se consideraria muy feliz acelerando vuestro en-

al que prestaba desde luego el consentimiento hasta aqui habia negado.

lucho ganamos en que la boda se celebre sin ncia.

'eneis razon, Enrique; y con el deseo de llegar á in, he anunciado al conde que hoy esperaba ver ana.

.e habeis leido su carta?

)h! no. Los términos en que venia escrita se opo- á ello; pero he forjado una mentira. Le he di- que aun cuando Juana estaba ausente por diez , me habia ofrecido que al quinto vendria en se- o á París, y á vuestra casa, con objeto de abra- ne... que este dia era llegado... Que Juana, fiel promesa, estaria aqui, y que podriamos, partici- dola lo que su padre habia resuelto, impedirla que iese de nuevo.

Perfectamente.

El conde, al oir que esperaba ver hoy á mi hija, ha podido ocultar una cierta emocion, y me ha ro- o que le permitiese reunirse aqui con nosotros, á de comunicarla él mismo su resolucion. En su con- iencia, va á venir, y me he adelantado para que is prevenido.

Nuestra ventura se realiza, señora condesa.

Despues que os he comunicado mis esperanzas, de- participaros mis temores.

Cuáles son? (*tomando una silla y sentándose junto lla.*)

No puedo definirlos, y esta carta de Juana es la isa de ellos. Ved, ante todo, qué estrañamente cer- la está.

Ya sabeis que en las posadas los medios de escri- son fatales.

Ademas, Juana lleva siempre consigo, suspendido reló, su sello, y falta aqui.

No deja de ser estraño.

Ved esa letra desfigurada. (*no abierto la carta.*)

En efecto.

Y ahora, escuchad su estilo sombrio. «Madre que- la, no puedo vivir lejos de ti, y no obstante, temo contrar al conde, á ese hombre malvado, que nos ataria si Dios no velase por nosotros. A eso de las ce del dia llegaré á la casa del coronel; espero que tarás alli antes que yo, y que llevarás pensado el edio que deberá emplearse para vivir oculta en don- puedas consolar á tu querida hija que te adora. uana.»

En efecto, esa carta respira una tristeza indefini- e... Oigo un carruage. (*ásomase al balcon.*) Es el l conde... ocultad esa carta... Voy á recibir á vues- o esposo.

ESCENA III.

La Condesa *sola*.

o sé esplicarme el motivo, pero siento una inquie- id... (*oculta la carta; se quita el sombrero y lo po- sobre una silla en el fondo izquierda.*)

ESCENA IV.

La Condesa, *el* Conde, Enrique, Morel.

. Entrad, señores; la señora condesa os espera.

de. Coronel, me he tomado la libertad de traer en mi mpañia al señor Morel, mi íntimo amigo, el cual odrá serviros de mucho.

. Muy bien venido, caballero.

r. Coronel, me haceis demasiado honor.

Conde. No ha llegado aun mi hija?

Con. No tardará. (*Enrique les brinda con tomar asiento y todos lo aceptan.*)

Enr. Señor conde, vuestra esposa me ha comunicado la agradable nueva de que estais dispuesto en favor nuestro.

Conde. Asi es, señor coronel. Y como estamos ya en el caso formal de tratar de los intereses, he traido con- migo al señor Morel, el cual es portador de las cuen- tas de mi tutela.

Mor. (*enseñando unos papeles.*) Aqui están.

Enr. (*tomándolos.*) Desde hoy encargaré á mi escribano de su exámen y de la redaccion del contrato de casa- miento. Me parece que oigo pasos.

Con. Será mi hija sin duda. (*todos se levantan y Benito aparece en el fondo.*)

ESCENA V.

Los mismos y Benito.

Enr. Qué nuevas traeis? (*yendo á él.*)

Ben. La hija de la señora condesa no ha llegado en la diligencia de Fontenebló.

Con. Imposible!

Conde. No venia en ella? (*mira á Morel.*)

Ben. No señor.

Enr. Hay otros carruages que pasando por Fontenebló recogen viageros?

Ben. Hay diligencias de Lyon y de Orleans, pero no llegan hasta la noche.

Enr. Está bien. (*Benito sale.*)

Con. No puedo esplicarme esta tardanza. Presiento al- guna desgracia, y voy yo misma...

Conde. No os alarmeis, señora. Tened presente que en los cinco dias que hace se comprometió vuestra hija á venir á París, puede haber ocurrido alguna cosa que, aunque insignificante, retarde su venida.

Conde. En efecto; y como no os ha escrito... (*se oye llamar.*)

Enr. (*vivamente.*) Han llamado?

Con. Será ella?

Enr. Tal vez... (*la hace pasar delante de si y sale con ella.*)

ESCENA VI.

El Conde, Morel, *poco despues la* Condesa, Juana, Enrique.

Conde. (*á media voz.*) Morel, esta es la hora del golpe.

Mor. La condesa partirá sin duda para Fontenebló.

Conde. O irá en busca de Ambrosio.

Mor. El coronel no tendrá tiempo de ocuparse del es- cribano, ni de las cuentas que me habeis dictado. Pe- ro temo que la condesa conozca su desgracia, y rece- le de nosotros...

Conde. La desaparicion de las alhajas de Juana aleja de nosotros toda sospecha.

Mor. Si; pero sois el heredero de la señorita Juana.

Conde. Soberbia razon á fé mia! Olvidas que á las diez y media estábamos en mi cuarto, en presencia de mis criados, y que una hora despues nos servian la comi- da en ese mismo cuarto, del cual salimos sin notarlo nadie?

Mor. Es verdad.

Conde. Ya vuelven, finjamos bien!

Enr. (*entrando.*) Señor conde, ved á vuestra hija.

Conde. Mi hija! (*con un espanto incrédulo.*)

Jua. Si, padre mio! (*entra con la condesa; el conde que-*

da inmóvil. Morel temblando.) Acaban de decirme que consentis en mi enlace... No me respondeis?

CONDE. (*temblando.*) Ya ves... estábamos tan inquietos...

JUA. Las inquietudes han desaparecido; abrazadme. (*el conde casi sin sentido, se inclina y la abraza; Juana dice yendo hácia su madre.*) Madre mia! Enrique!.. si supieseis cuánto he sufrido lejos de vosotros!

CON. Qué has sufrido, hija mia?

JUA. Sabed que Ambrosio, no recibiendo, tal vez, la carta que le escribiste, no acudió al parage designado; yo entonces, con la esperanza de hallarle, segui andando en direccion á Chaillot. De repente, favorecidos por la oscuridad y por lo aislado del sitio, dos hombres enmascarados se arrojaron sobre mi!

CONDE. Qué infamia! (*fingiendo temor.*)

CON. No te detengas.

JUA. Entre las manos de aquellos bandidos perdi el sentido, en el instante mismo en que ellos, para destruir sin duda el único testigo de su crímen, me arrojaron al Sena.

CON. Hija mia! (*rodeándola con sus brazos.*)

ENR. Y á qué milágro debemos...

CON. Si... esplícanos...

JUA. Ignoro lo que ocurrió durante los tres primeros dias; solo sé, que al cabo de este tiempo, un hombre, que á la sazon pasaba... un cochero, me habia sacado del rio, con peligro de su vida, y me habia llevado á su casa, velando noche y dia á mi cabecera, y hallando en su indigencia medios para socorrerme.

CON. Y el nombre de ese cochero?

JUA. Juan, como mi pobre padre.

CON. En dónde vive?

JUA. Se ha negado á venir conmigo, pero no podrá ocultarse á nuestro reconocimiento, porque sé que el número de su carruage es el 226.

ENR. 226 decis? Yo conozco á ese hombre.

JUA. Le conoceis?

ENR. Ayer, en la prefectura, he tomado noticias de él, y precisamente las tengo anotadas en esta cartera. (*saca la cartera y lee.*) 226, carruage al cargo de Juan, llamado el Montañés, que vive en la calle de Cassy, barrera de los hombres buenos.»

CON. Corro al momento á verle. (*va á coger su sombrero.*)

BEN. (*entrando.*) Señor coronel, ahi está un hombre ya viejo, que me ha rogado os entregue al momento esta targeta. (*se la dá.*)

ENR. Esta targeta es mia, y hay escrito por el respaldo: «Lo he reflexionado mejor, señor coronel, y os suplico me proporcioneis la plaza de guarda que me habeis ofrecido.» Es el montañés! Quedaos, señora condesa... El hombre que me envia esta targeta, es Juan el cochero. Qué entre ese hombre! (*á Benito que se retira.*)

JUA. Juan el cochero!

CON. El cielo nos lo envia. (*deja el sombrero.*)

ENR. Venid, señor Juan, venid! (*á Juan que está fuera.*)

ESCENA VII.

Los mismos, y JUAN.

JUAN. Oh! perdonadme.... tantas personas... (*se detiene al ver tanta gente.*)

ENR. No son estrañas para vos. (*deteniendo á Juan que hace un movimiento para irse.*)

JUA. (*corriendo á él.*) Son amigas vuestras.

JUAN. Señorita Juana!

CON. Y su madre, que quiere bendecir al salvador de su hija! Ah! (*lanza un grito al reconocerle.*)

CONDE. (*acercándose.*) Qué teneis, señora?

CON. Cielos! No es un sueño! No es un sueño! Ah! (*con delirio y sofocada por los sollozos está á punto de caer. Juana y Enrique corren á su lado. Juan hace un impulso involuntario para socorrerla, pero lo detiene y baja al proscenio.*)

JUA. Madre mia!

ENR. Señora!

CON. Llevadme fuera de aqui!

ENR. Venid, tantas emociones os habrán alterado.

CON. (Juan Claudio vive!) Ven, hija mia! (*deteniéndose en la puerta á donde es conducida por Juana y Enrique, que se la llevan puerta derecha.*)

ESCENA VIII.

El CONDE, MOREL *y* JUAN.

JUAN. (Oh! qué desgraciado soy!) (*con dolor.*)

CONDE. Juan, llamado el montañés... (*observándole y reflexionando.*)

MOR. (*acercándose al conde, le dice en voz baja.*) Vuestro sino es maldito!

CONDE. Quién sabe! Tengo una sospecha... Déjame solo con ese cochero.

MOR. (Qué podrá esperar?) (*ap. mirando á Juan y al conde, sale por el fondo.*)

ESCENA IX.

El CONDE, JUAN.

JUAN. Huyamos de esta casa... (*se dirige al fondo.*)

CONDE. Deteneos, buen hombre. No puedo dejaros partir de ese modo, cuando os debo la vida de mi hija.

JUAN. Ah! Sois su padre? (*no pudiendo ocultar un movimiento de espanto.*)

CONDE. Yo, que he venido á ser el segundo marido de Genoveva Thibaut, viuda del padre de la señorita Juana. (*le observa.*)

JUAN. Teneis una hija muy amable, muy bella. (*con calma.*)

CONDE. Cuya vida os debo, lo repito; por lo cual quiero... deseo... y espero que mi casa sea, por decirlo asi, la vuestra.

JUAN. Desgraciadamente, señor conde, me veo en la necesidad de dejar la Francia.

CONDE. Tan pronto?

JUAN. Parto dentro de una hora... Algunos compañeros me esperan, y...

CONDE. Pero la señora condesa quedaria inconsolable si salieseis de aqui sin haber podido daros las gracias, y veros á solas... Voy, pues, á prevenirla. (*va á abrir la puerta derecha.*)

JUAN. No, no... soy un soldado viejo, algo rudo... y no sé hablar con las damas de la nobleza... Quiero mejor ausentarme, y vos arreglareis esa cuestion de etiqueta.

CONDE. Qué locura! Aqui llega felizmente, y para no incomodaros, os dejaré á solas.

JUAN. (Dios mio! Enmudeced mi corazon.) (*el conde se retira al fondo como para salir, y se oculta rápidamente detrás de las cortinas del balcon de la izquierda. La condesa viene puerta derecha.*)

ESCENA X.

Los mismos; la CONDESA, *el* CONDE, *oculto.*

CON. (*con voz conmovida.*) Perdonadme, señor Juan, si

...emocion me obligó antes á dejaros... En dónde está mi esposo? (*mirando al rededor.*)
...Estaba aquí... (Ah! Se habrá ocultado!)
...(Nos escucha! He visto moverse las cortinas del ...lcon.)
...(Desconfiemos.)
...Sin vos, señor Juan, la muger que os habla en ...e momento, habria ya espirado de dolor. (*mirando ...mpre á las cortinas con impaciencia.*)
...Mucho amais á vuestra hija.
...Yo quisiera que mi gratitud pudiese igualar al va...r con que habeis volado á su socorro.
...Oh! mi valor!... Lo que para unos es mucho, pa... otros no es nada... Cuando como yo se ha servido ...n el ejército doce años... Cuando se ha hallado uno ...n cien batallas, (*movimiento de la Condesa.*) y se ha ...puesto á mil peligros... se ha aprendido de memo...a que es preciso ayudarnos mútuamente; que es una ...bligacion levantar al pobre que cae, y tender la ma...o al que está de pié... y con esta conviccion en el ...lma, Dios coloca á los unos en el camino de los ...tros...
...Oh! Teneis razon! El cielo en sus inescrutables ...isterios, es el que envia á los fuertes al socorro de ...os débiles.. El cielo es el que reune y el que separa...
J...AN. (*ap. conteniéndola.*) Se nos escucha, estoy se...guro.
...N. Al cielo es á quien debo el poder bendecir hoy al ...ombre que no conocia ayer. (*la condesa ha sacado ...urtivamente el medallon del pecho y lo muestra á Juan.*) Teneis hijos, señor Juan? (*al decir la condesa ...las últimas palabras, muestra á Juan el medallon de ...estaño del prólogo. Juan, que iba á hablar, se queda confuso, y la condesa ahoga sus lágrimas y sollozos.*)
...AN. (*temblando de emocion.*) No señora... soy solte...ro... Huérfano desde mi infancia... he estado siempre solo en el mundo. (*saca el medallon igual y lo enseña á la condesa sin moverse de su sitio.*)
...da yo recompensar, quiero satisfacer en vos una deuda tan sagrada.
...AN. Comprendo, señora... (*fingiendo indiferencia y riendo y llorando á la vez.*) Quereis pagarme por lo que he hecho?.. Bien, bien; lo acepto... pero es el caso que ignoro cuanto vale mi trabajo.
...ON. Aceptad este bolsillo. (*dándole una bolsa; Juan Claudio duda; la condesa le suplica con la vista. Juan tiende la mano y la coge sonándola.*)
...UAN. No está vacía! Con él me considero recompensado. (*diciendo estas palabras ha cambiado de mano la bolsa; se ha vuelto hablando y la presenta á la condesa, que se apresura á recogerla en silencio.*) Gracias, señora condesa... este dinero será mi familia.
...ON. (Pobre Juan Claudio!)
...UAN. Echaré con él un trago á vuestra salud. Hasta mas ver, señora condesa. (*se aleja hácia la puerta.*)
...ON. Tengo aun que pediros un favor.
...UAN. Decid, señora condesa.
...ON. (Necesita un abrazo de su hija.) Antes de que partais... permitid que Juana... que... mi... mi hija venga á dar un abrazo á su... á su salvador...
...UAN. A mí? No, no!
...ON. La pobre niña se considerará tan feliz con ese abrazo!
...UAN. Si es... así... consiento, señora condesa... (*conteniéndose.*) Pero es que... que estoy muy de prisa...
...ON. Corro á llamarla. (*va á la puerta derecha, se detiene, parece dudar, se vuelve hácia Juan que la hace señas con el dedo en la boca, y que con el gesto la ordena la prudencia; ella lanza un profundo suspiro y sale. Juan dá un paso hácia la puerta. El conde abre las cortinas y aparece.*)

ESCENA XI.

JUAN, *el* CONDE.

CONDE. (No era él.)
JUAN. (Pobre Genoveva! La fortuna no la ha hecho feliz!) (*saca el pañuelo y se enjuga los ojos.*)
CONDE. (No obstante... no ha dicho nada del viage de que me habló, y espera á Juana...)
JUAN. (Tenia razon! El cielo encierra misterios profundos... (*viéndole.*) El conde... Estaba escuchándonos. Bien lo imaginé!)
CONDE. Habeis visto á la condesa?
JUAN. (*conteniéndose.*) Si, señor conde.
CONDE. (Qué conmovido parece! (*atraviesa la escena y va á sentarse al confidente.*) No estoy muy cierto..... y podria ser que en vez de quedarse entre los muertos Juan Claudio, hubiese seguido á los vengadores.)
JUAN. (*examinándole.*) (En qué estará pensando?)
CODE. Es preciso someterle á una segunda prueba, mucho mas cruel en presencia de Juana.

ESCENA XII.

Dichos, JUANA.

JUA. Señor Juan, acaban de decirme que quereis partir?
JUAN. Es preciso, señorita. (*el conde se levanta.*)
JUA. Y os olvidais de mí? Y todo lo que tengo que deciros?
CONDE. No seais impertinente, señorita. (*se coloca en medio.*) El señor Juan tiene pocos instantes disponibles, y los necesito yo para emplearlos en un asunto que me interesa.
JUAN. Conmigo?
CON. Si; con vos.
JUA. Y creeis que nada sério tengo que decirle, señor conde.
CONDE. No trato de apreciar la oportunidad de vuestra insistencia; os ruego que os vayais, y espero que me obedecereis.
JUA. Pero me obligareis...
CONDE. En fin, vuestro padre lo ordena... obedeced... Salid al momento. (*con imperio.*)
JUA. (*indignada.*) Vos no sois mi padre, señor conde!
CONDE. Lo sé muy bien, señorita, porque he cometido la irreparable falta de acogeros en mi casa... de venir á ser el esposo de vuestra madre, para encubrir con un nombre ilustre, el oprobio y la afrenta de un primer matrimonio deshonrible.
JUA. Deshonrible! No hay deshonra alguna en el primer matrimonio de mi madre... mi padre era pobre, es verdad...
CONDE. (*interrumpiéndola.*) Tan pobre, que vivia de la limosna!
JUA. Mendigo mi padre! (*aquí Juan, conteniendo un impulso de ira, se retira al fondo, desde donde considera á Juana.*)
CONDE. Asi me lo han asegurado. (*observando.*)
JUA. Es falso, señor conde! Mi padre era un carretero de la montaña, que traginaba noche y dia, y algunas veces con los pies desnudos, para llevar á su muger y á su hija un pobre salario... mientras que hay otros, como vos, señor conde, sin piedad y sin corazon.
CONDE. Señorita, abusais de mi paciencia...
JUA. Y los que ultrajan á la vez á los vivos y á los muertos...

Conde. Basta.

Jua. Solo saben maldecir ó insultar...

Conde. Señorita! (*furioso lanzándose sobre ella: Juan baja y se interpone con furor, pero de pronto se contiene.*)

Juan. Señor conde! Si alguna vez...

Conde. Qué quereis? (*con calma.*)

Juan. Yo? Nada... es que tengo la mala costumbre de meterme... en donde no me llaman...

Conde. (En efecto, es Juan Claudio.)

Juan. Como os ví levantar la mano... vine... porque yo... como ya os he dicho, me mezclo siempre en donde no debo... Mejor hubiese hecho en irme... Dios os guarde, señor conde. (Pero no puedo dejarla!.) (*deteniéndose á la puerta y volviendo al lado de Juana.*) Señorita, debo deciros que os marcheis á vuestro cuarto... El señor conde está irritado.

Conde. (Tiembla por ella!)

Juan. Retiraos, yo os lo suplico...

Jua. (*dudando.*) Pero señor Juan...

Juan. Hacedlo por mi, señorita.

Jua. Por vos? Estais obedecido! (*va á la puerta derecha, se despide de él con la mano y vase. Juan enjuga rápidamente una lágrima con las mangas de su chaqueton.*)

Conde. (Ha llorado! Su padre es!)

Juan. Perdonadme, señor conde; conozco que os he ofendido... pero soy un pobre soldado viejo... sin educacion... que se arrebata facilmente... y que comete mil torpezas! Soy incapaz de faltar á nadie... pero cuando se amenaza á una muger, y esta muger ademas......... (*exaltándose.*) (Si permanezco aqui, todo se lo lleva el diablo! (*se escapa corriendo.*)

Conde. (*triunfante.*) La condesa tiene otro marido! Me he salvado!

FIN DEL TERCER ACTO.

ACTO CUARTO.

Un salon en casa del Conde de Arezzo: Puerta al fondo, y otra á la derecha. A la izquierda una ventana. Mueblage de lujo; una mesa á la izquierda, en primer término. Sillones, etc. Al alzarse el telon, Juan pasea en el salon con aire preocupado. Simon está arreglando los muebles.

ESCENA PRIMERA.

Simon, Juan.

Sim. Vaya una idea la del Señor Conde! (*mirando á Juan.*) Recomendarme que si venia un cochero de plaza, le hiciese entrar en el salon.

Juan. (Si, debia acudir á la llamada del Conde... (*hablando para si.*) Ahora no puedo dejar Paris, porque mi huida aumentaria las suposiciones que sin duda abriga ese hombre! Qué me querrá?..)

Sim. Me gusta la franqueza! (*Juan se ha sentado distraido á la izquierda, Simon viene y le toca en la espalda.*) Eh! cochero! Levantaos, que echais á perder ese sillon.

Juan. Perdonadme, Caballero. (*se levanta siempre pensativo y pasa al lado opuesto.*)

Sim. Cree que son nuestros sillones pescantes de coches! (*limpiando el sillon.*)

Juan. (Pero nunca podrá saber la verdad.) (*se sienta pensativo á la derecha.*)

Sim. Otra vez! Para eso, mejor era que no os hubierais levantado!

Juan. Perdonadme... no habia reparado. (*levantándose y paseándose.*)

Sim. No sé por qué aguanta el Señor Conde que e[...] cien el salon canallas como este...

Juan. (Felizmente, nadie mas que Genoveva y P[...] saben que existe Juan Claudio.) (*sin dejar de pas[...]se y siguiendo en su idea.*)

Sim. Por qué no os sacudisteis los zapatos antes de [...]sar estas alfombras?

Juan. Es verdad. Tengo polvo! He andado tanto por la mañana!..

Sim. Ea! Idos á esperar á la antesala!

Juan. Bien. Por dónde salgo?

Sim. Por ahi. Largo de aqui! (*abre la puerta foro.*)

Juan. Ah! Segun veo, sois un criado? (*mirándole [...] primera vez.*)

Sim. Soy el criado número uno de la casa!

Juan. Un miserable asalariado? (*descomponiendo do[...] tres sillones.*) Poned esos muebles en su sitio, que [...]ra eso os pagan: y callaos!

Sim. Creeis que estoy yo aqui para serviros? (*sorpre[...]dido coloca los sillones y Juan sigue paseando preoc[...]pado.*)

ESCENA II.

Los mismos y la Condesa.

Con. Simon, la señorita reclama tus servicios.

Juan. La condesa. (*se quita el sombrero quedándos[...] con él en la mano. Simon se marcha por el fondo.*)

Con. Estamos solos, Juan Claudio! (*despues de habe[...] cerrado la puerta del foro.*)

Juan. Imprudente!

Con. Nada temais. El conde está fuera.

Juan. Puede volver y sorprendernos.

Con. Tengo dos personas en acecho, que nos avisarár[...] oportunamente. La una es Pedro.

Juan. Pedro!

Con. Pedro, que ha sabido llegar hasta donde yo estaba; Pedro que vela por un lado, mientras que por el otro, acecha vuestra hija.

Juan. Bien; y qué quereis? (*vienen á la mesa.*)

Con. Quiero aprovecharme de esta hora, en la cual puedo veros sin testigos, porque antes de solicitar el aprecio del mundo, necesito el de Juan Claudio.

Juan. Señora!

Con. Durante mucho tiempo, os lo juro, aunque tenia en mis manos la prueba de vuestra muerte, viví como en un sueño insensato, esperando una aparicion imposible; y echando siempre de menos la sola riqueza del alma, el cariño y la confianza; echando de menos la felicidad! Pero los dias gastaron mi esperanza, y grabaron la realidad en mi corazon. Al cabo de cinco años, vi que el porvenir de mi hija estaba amenazado, y por ella solamente me encontré obligada á sacrificarme y á aceptar el nombre de otra persona.

Juan. No trateis de justificaros, señora, porque sé muy bien cuáles han sido vuestros pesares!

Con. Vos?

Juan. Yo, que salvado milagrosamente, corrí á vuestro lado, y supe antes de realizar mis deseos, que mi presencia iba á arrancaros los títulos y los bienes de vuestros padres... Yo, que el dia en que fuisteis á despediros de Pedro, desde el rincon en donde me ocultaba, oi cuanto digisteis, y por salvar á mi hija, vi pasar la viuda heredera de tantos bienes!

Con. Desgraciado! Si supieses los tormentos que me han causado esas riquezas! Si supieses cuantos odios me ha creado la envidia! Si supieses cuanto he sufrido todos los dias.

Juan. Yo tambien he vertido lágrimas... he comido el

n de la indigencia, y he contado horas crueles... ro la hija de mi corazon se ha visto al abrigo de las isas del otoño y de los frios del invierno... y mientras que su madre sufria y su padre se arrastraba helo por el campo de batalla, la hermosa niña ha ecido bajo un sol brillante y benigno!
. Ah! Es por ella por quien has aceptado el aislaiento y la miseria? Perdóname si te he acusado de barde, á ti, el único esposo de Genoveva; á ti, el ártir por quien Genoveva ha llorado en silencio. (*se poya en su espaldar llorando.*)
. Genoveva! Señora Condesa! (*con firmeza despues enjugar una lágrima.*) Oidme! Si el conde pudiee saber con seguridad que existia vuestro primer arido, en fuerza de martirizaros, venceria tal vez, orque seria mal interpretada la virtud que os ha conervado esas riquezas... y esto no debe, no puede ser! uando seguí las armas, mas bien para morir, que ara guerrear, sabia que el apellido de Thibaut reelado que fuera, causaria vuestra ruina; por eso me listé como voluntario, bajo el nombre de Juan el inlusero, insultando siempre el de mis padres. Asi, ues, Juan Claudio Thibaut no existe; y vos no me onoceis!
N. Si; pero Juan el Montañés ha salvado á mi hija, y engo el derecho de verle.
N. Cuando no quepa duda alguna de que Juan Claulio Thibaut solo vive entre los muertos!

ESCENA III.

Los mismos y Pedro *que viene muy de prisa.*

D. El Conde se acerca!
N. Ah!
AN. Huid! (*llevándola á la derecha.*)
N. (*yendo hácia la puerta derecha en donde se detiene.*) A Dios! Y no olvides, Juan Claudio, que al paso que la Condesa sabrá resistir... Genoveva no cesará de bendecirte desde el fondo de su corazon! A Dios! (*sale.*)
ED. Ya sabes, Juan, que estoy ahi abajo, junto á la puerta cochera, y que si me necesitas, con una señal solamente corro en tu ayuda.
JAN. Ya sé cuanto me quieres, Pedro.
ED. Vengo bien prevenido, porque en estas casas de los grandes señores, á lo mejor se la pegan á uno... y hombre prevenido...
UAN. No... no!.. aqui no habrá violencia alguna.
ED. Bien; si crees que es preciso dejarse apalear... pondré mis costillas como un cordero... Mira, ya se acercar el truan del conde...
UAN. Vete.
ED. Me voy; pero con qué ganas le aplastaria la mollera... En fin! Como ha de ser! Hasta despues... Ya sabes en dónde estoy!.. Cuidado!..
UAN. A Dios!
ED. Te lo repito; estoy junto á la puerta cochera... al lado del perro del guarda... aquel de los dientes como sierras... A Dios. (*sale por el foro.*)

ESCENA IV.

Juan, *despues el* Conde.

Juan. Pedro... y Genoveva, los mismos que hace veinte años! Vamos!.. Ocultemos estas dulces emociones! Evoquemos el temor y la desconfianza... He pensado en todo, y he procurado desembarazarme de cuanto pudiera comprometerme en este sitio!
Conde. Quédate en el vestíbulo, (*entrando con Simon á quien le dá su capa y sombrero.*) y asi que se presente el coronel Enrique Roger, dile que deseo verle, y condúcele aquí.
Sim. Bien, señor conde! (*sale.*)
Juan. (El coronel Roger!)
Conde. Se os ha dicho, señor Juan, que deseaba hablaros?
Juan. Y he venido para saber lo que teneis que decirme.
Conde. No lo sospechais?
Juan. En modo alguno.
Conde. Quiero preguntaros, qué suma recibisteis de vuestra muger, cuando consentisteis en haceros pasar por muerto?
Juan. Yo?.... Mi muger?.. No comprendo una palabra...
Conde. Sois jugador?
Juan. A Dios gracias, no lo soy.
Conde. Pues entonces, cómo os hallais pobre hoy dia? Necesariamente recibiriais vuestra parte en una venta que daba á vuestra muger tres millones de herencia.
Juan. Tres millones!.. (*esforzándose para sonreirse.*)
Conde. Es verdad que con el tiempo las tabernas arruinan á los hombres como vos.
Juan. El señor conde me toma sin duda por otro... su error me ultraja... y yo... (*despues de un movimiento.*)
Conde. No os incomodeis todavia, Juan Claudio... Tengo que hablaros un largo rato. (*interrumpiéndole y pasando al otro lado.*)
Juan. Qué nombre me habeis dado?
Conde. Cómo se llamaba vuestro padre?
Juan. Lo he ignorado siempre... soy inclusero...
Conde. Inclusero! Es decir que no sois el hijo de Mariana de Chambery?
Juan. No sé quien fué mi madre.
Conde. Es decir que no sois quien se casó en la Iglesia de San Martin, en Saboya, con Genoveva, la hija adoptiva de Mariana?
Juan. No lo soy.
Conde. Y por último, no sois el que cuando Genoveva recobró el nombre de sus padres, y cuando temblaba por el porvenir de su hija, hizo con esa muger una segunda venta mas vergonzosa que la primera, consintiendo en que tomase otro marido que la creia viuda?
Juan, Señor Conde, mi paciencia se agota, y empiezo á fatigarme con tal interrogatorio.
Conde. El interrogatorio está terminado.
Juan. Lo celebro! (*se dirige al fondo.*)
Conde. Sabeis de dónde vengo? (*sentándose á la derecha.*)
Juan. Poco me importa! (*junto á la puerta.*)
Conde. Vengo de la casa que habitais, en la calle de Passy.
Juan. De mi casa? La puerta estaba cerrada.
Conde. La he hecho forzar.
Juan. Vos? (*bajando á la escena.*)
Conde. Yo!
Juan. Eso es una violacion! (*ocultando su inquietud y y devorando su cólera.*)
Conde. Que las leyes castigan en los hombres como vos, pero no en los nobles como yo lo soy. Me habeis dicho que no conocisteis nunca á Genoveva, pobre en otro tiempo y opulenta hoy... Quiero creerlo... pero entonces, (*levantándose y yendo junto á él.*) como se esplica que haya encontrado en vuestra casa este medallon? (*saca de su bolsillo el medallon del acto anterior.*)
Juan. (Mi medallon!)

Conde. En el cual veo escritas estas palabras, recuerdo de mi Genoveva.

Juan. (*despues de una corta duda.*) Se esplicá, diciendoos, que ese medallon es de una hermana mia que ya no existe.

Conde. Una hermana? Pues yo creia que los incluseros no tenian hermanas.

Juan. Cree mal el señor conde, porque todos los incluseros son hermanos y hermanas...

Conde. Ah! Es decir que esta Genoveva tambien es inclusera?

Juan. Si.

Conde. Bien! El tribunal decidirá. (*vuelve á guardarse el medallon y se pasea.*)

Juan. (Dios mio!) (*con terror.*)

Conde. Osareis negar aun que sois el hijo de Mariana?

Juan. Lo niego.

Conde. Y podreis esplicarme tambien, cómo es que se ha hallado en vuestra casa este rosario, (*le enseña el rosario del prólogo.*) que fué dado, en otro tiempo, á la madre Mariana, por un fraile de San Bernardo?

Juan. Se esplica, diciéndoos que todos los rosarios se asemejan.

Conde. No es cierto, y este mucho menos, porque sus cuentas están hechas con fragmentos de la roca gris, y es el mismo que se hallaba hace diez y ocho años, en la cabaña de Juan Claudio, al pie del Monte-Cenis.

Juan. Os ha engañado quien os lo ha dicho!

Conde. No me lo han dicho, lo he visto yo...

Juan. Pues vos os engañais!

Conde. Para convenceros de que no es así, voy á llamar á la condesa de Arezzo, la cual no podrá negar, que hace 18 años, en el mes de mayo, y dia de Santa Teresa, entré á descansar en la cabaña de Juan Claudio Thibaut, y ella, que entonces se llamaba Genoveva, me enseñó este mismo rosario. (*se separa de Juan.*)

Juan. (*deteniéndole.*) Mentís! No sois el que fué en ese dia á descansar en la cabaña de Juan Claudio...

Conde. Cómo lo sabeis? (*deteniéndose.*)

Juan. El hombre que olvidó en ese dia, y en esa casa su maleta, se llamaba Luchi.

Conde. Quién os lo ha dicho?

Juan. Me lo han dicho!

Conde. Y cómo probareis que se llamaba Luchi?

Juan. Ya lo vereis.

Conde. Y si yo os probára de antemano, que me llamo Andreas Luchi, conde de Arezzo?

Juan. Vos? (Era él!) (*vivamente.*)

Conde. (Ya es mio!)

Sim. El coronel Enrique Roger! (*sale anunciando.*)

ESCENA V.

Los mismos, Enrique.

Enr. Deseais hablarme, señor conde!

Conde. Si, coronel.

Enr. Sed breve.

Conde. Quiero aconsejaros, que renuncieis á vuestro casamiento.

Enr. Por qué motivo?

Conde. Porque ningun hombre de honor puede casarse con la hija de una muger á quien los tribunales van á juzgar.

Enr. Qué quereis decir?

Conde. Que la señora Condesa tiene dos maridos.

Enr. Cielos!

Conde. Y este plebeyo que se ocultaba bajo el nombre del Montañés...

Enr. Este hombre es Juan el cochero.

Conde. Es Juan Claudio Thibaut, su marido, al c se creia muerto.

Juan. Esperad! Perdonadme coronel! (*con gran viva dad.*) Es á Juan Claudio Thibaut (*pasando dirigién se al Conde.*) á quién buscais? Thibaut, un antig carretero que vivia al pie del Monte-Cenis? Oh! conocí mucho, mucho!.. Pero el pobre murió fusila en la montaña.

Enr. Es verdad, con mi padre.

Juan. Porque ambos fueron vendidos por un venecian que el dia de Santa Teresa, se ocultó en la cabaña Juan Claudio. Oh! Puedo hablar de esta historia, s ñor conde! El pobre Juan Claudio murió en mis br zos, diciéndome que el traidor, cuyo nombre hab visto en cierta maleta olvidada, se llamaba Luchi!

Conde. (Imprudente!)

Juan. Y el general Bonaparte, aun cuando no era ri entonces, habia ofrecido un puñado de oro al q descubriese el nombre de familia de ese Luchi!.. estoy seguro que por saber quién vendió á su compa ñero de armas, el emperador Napoleon daria hoy ma de veinte banderas conquistadas... Pero no ha podid descubrirse el nombre de familia de ese maldito ven ciano. No habeis oido hablar de él, señor conde? Vo que tambien sois veneciano?

Conde. Yo? Yo he nacido en Ferrara! (*muy alterado.*)

Enr. En los diez y ocho años que han transcurrido, muy posible que ese infame, ese asesino de mi padr haya muerto.

Juan. Quién sabe!.. (*mirando al conde fijamente.*) Lo animales feroces viven mas tiempo que los otros... vos, señor conde, creisteis que era yo Juan Claudi Thibaut, porque como él me llamo Juan, y como é soy hijo de las montañas? Tranquilizaos, señor Conde... es una mala idea que habeis tenido para atormentar á la señora condesa, y esto podria perjudicaro algun dia... Tarde ó temprano, las malas acciones so [illegible] mas debe convencerse el hombre de que hay una justicia en e cielo. A Dios, señor coronel.

Enr. (No obstante, con estos recelos debo renunciar á esta boda!)

Juan. Señor conde, volveré á pediros los papeles de Juan el espósito, apellidado el Montañés. (*sale.*)

ESCENA VI.

El Conde, Enrique.

Conde. (Ya partió!) (*ap. y viendo al coronel coger los papeles de Juan Claudio que parece examinar.*)

Enr. Señor Conde, á pesar de que mi amor hácia vuestra hija es cada vez mas invencible, suspendo mi empeño en unirme á ella, hasta que se aclaren estos misterios, pero antes permitidme que me despida de ella y de la señora condesa.

Conde. Pasad á su habitacion, y os aseguro que no os pesará de esa resolucion; porque desgraciadamente son muy ciertas las palabras que indiqué delante de ese hombre. Entrad pues.

Enr. Seré breve. (*entra en la habitacion de la condesa.*)

ESCENA VII.

El Conde, *despues* Juan.

Conde. Ah! Corramos á intimidar á la Condesa: á ella solamente debo temer, porque ese hombre, aunque es dueño de mi secreto, y puede perderme, no lo hará por no comprometer á Genoveva. Ah! mi comple-

Salta por la ventana

licidad se realiza! (*Juan salta por la ventana y*
nde asustado dice.) Quién viene por ahi?
Sesto de dragones en campo enemigo.
. Osais escalar mi casa? (*furioso.*)
Cuando un noble fuerza una puerta, bien puede
lebeyo abrir una ventana!
. Sois un atrevido! (Y Enrique que saldrá pronto!)
mucha ira.)
No os incomodeis. Todavia tengo que hablaros
rato... (*con mucha calma y pasando al lado*
esto.) Y ante todo, dadme el rosario de mi madre.
. Tomadlo. Conque confesais que sois el hijo de
iana Thibaut?
Soy el hijo de Mariana Thibaut, que viene á ven-
á Genoveva.
E. O á perderla quizás.
No lo creais, Luchi!
E. Yo no soy Luchi!
Muy tarde lo negais.
E. Que pruebas teneis? (*en este momento aparece*
coronel que se detiene al ver á Juan y oye todo
nto se dice en la escena, sin ser visto.)
Probaré primero, que para matar al guia, hicis-
fusilar al General; vos que estabais interesado en
muerte de Juan Claudio.
E. Yo? Para qué?
Para enriquecer á Genoveva, y robarla despues
andoos con ella!
E. Robarla?
No tengo tiempo para escoger las palabras... Lo
ho, está bien dicho; y probaré tambien, que no
ce mucho tiempo os enmascarásteis para ahogar á
muger.
DE. Os atreveis á suponer?.. (*furioso.*)
. No lo supongo, lo afirmo... Pero no me incomo-
hija y encontrar á Genoveva! Para castigar tan
rbaro asesinato, debí, tal vez, emplear las viles ar-
s que usais... pero cuando por espacio de doce
os se ha militado bajo una bandera gloriosa, no se
vilecen los hombres de tal modo... Se ataca al ene-
go frente á frente, y se le llama con lealtad á un
safio, lo cual quizás no sea muy católico... pero es
que se acostumbra entre los caballeros... Con este
jeto, me he apresurado á venir á veros, y á pre-
ntaros, en dos tiempos; militarmente. A qué hora
s batimos, y en qué lugar?
DE. La pasion insolente que os arrastra, os impide
nsar en la distancia que nos separa.
. Dispensadme... Sé muy bien que sois un infame,
yo un hombre honrado; y no obstante, prescindo
la distancia.
DE. Desgraciadamente existen espacios que ciertas
yes de la nobleza impiden traspasar... Yo soy conde
Arezzo y caballero de San Marcos.
N. Y yo soy caballero de la legion de honor, y
ostaré cualquier cosa, á que me ha costado mas ga-
r esta cruz, que á vos el título y ese arapo que lle-
is! Pero estamos perdiendo tiempo...
DE. No obstante...
N. No obstante, sois conde y caballero, decis?.. Lo
ue sois es un miserable!
DE. Ira de Dios!
N. Lo repito; un miserable, que hace doce años des-
oja, roba y atormenta á dos mugeres indefensas... y
uando el padre y esposo viene á provocar al verdugo
e su muger y de su hija, os poneis á hablar de dis-
ancias... Oh! guardaos bien, Luchi, de que el viejo
oldado olvide un momento las leyes del honor, porque entonces... En fin, señalemos sin mas demora las condiciones del combate.

CONDE. Y si aceptase un duelo con vos, quién seria vuestro testigo?

JUAN. Lo seria Pedro, un hijo del pueblo, pero honrado, y un amigo de mi infancia, que me quiere como á un hermano.

CONDE. Y creeis que hallaré nunca un amigo entre los infinitos que se honran con mi amistad, que consienta en arreglar las condiciones de un duelo, con ese Pedro, con ese quidam, nacido, tal vez, como vos, entre el fango del vulgo? Convenceos de que es imposible ese duelo.

JUAN. Bien; pues lo arreglaremos de otra manera. Iré á buscar á mi antiguo comandante en la batalla de Arcol, que era el amigo íntimo del general Roger, y al general Massena, que es hoy dia mariscal de Francia, príncipe de Eshung y duque de Rívoli... ambos correrán al lugar del desafio, jurando hacer fusilar por la noche al traidor, al asesino Luchi, en el caso de que yo no le maté por la mañana. (*viendo un movimiento decisivo del conde.*) Vamos! Veo que aceptais mejor á Pedro que al mariscal... Voy á por Pedro, y no hablemos mas. Qué hora señalais?

CONDE. El tiempo preciso para que vayais en busca de vuestro testigo!

JUAN. Sitio?

CONDE. Aqui os espero con el mio, é iremos donde mejor nos parezca.

JUAN. Me empeñais vuestra palabra de no faltar?

CONDE. Os la empeño.

JUAN. No me haré esperar mucho tiempo. (*sale por el fondo.*)

ESCENA VIII.

El CONDE, *á poco el* CORONEL ENRIQUE.

CONDE. Y ese miserable ha osado humillarme nuevamente! Oh! voy á prevenir á la policía, para que se apoderen de él! Entre su dicho y el mio, no puede la justicia vacilar. (*va á salir.*)

Sale

ENR. (*presentándose.*) Pero vacilará cuando yo le diga que el conde de Arezzo es un asesino!

CONDE. (Nos habrá oido?) (*fingiendo calma.*) Os habeis despedido ya de esas señoras, amigo mio?

ENR. No echeis mano de una máscara que ante mis ojos ya no existe!

CONDE. No os comprendo.

ENR. (*asiéndole del brazo con violencia.*) No habeis conocido nunca á un tal Andreas Luchi, hombre inmoral y cobarde, á quien sus muchos delitos proscribieron de su pais natal?

CONDE. No.

ENR. No habeis conocido nunca á un valiente general llamado Roger, que murió asesinado pérfidamente por Andreas Luchi, junto al Monte-Cenis?

CONDE. No!

ENR. No habeis comprendido nunca el odio que puede encerrarse en el corazon de un hijo contra el hombre que causó la muerte de su padre?

CONDE. Señor coronel!

ENR. No alceis la voz, que ese es recurso de mugeres.

CONDE. Con quién creeis que estais hablando?

ENR. Estoy hablando con el mas vil de los hombres; estoy hablando con el asesino del general Roger; estoy hablando con el traidor Luchi, estoy hablando con vos, que mas bien que el conde de Arezzo, sois el traidor, el asesino Luchi.

CONDE. Miserable!

ENR. Basta de palabras inútiles; todo lo he oido y he esperado á que Juan el cochero desapareciese, para asiros del brazo y exigiros un duelo á muerte.

CONDE. No me es posible; tengo otro con Juan.

ENR. El mio es primero; porque mi afrenta es mas grande. Juan el cochero puede todavia abrazar á su muger y á su hija! Pero el coronel Enrique no puede ni aun visitar la tumba de su padre!

CONDE. Vuestro padre fué desleal á su pais!

ENR. Mi padre ofendido por vos? No contento con haberle dado muerte, quereis ultrajar su memoria? Las armas! Las armas al momento!

CONDE. Os he dicho que tengo otro duelo.

ENR. Las armas! Y no me obligueis á apelar á otros medios.

CONDE. Inútilmente insistis... (*sentándose con calma.*)

ENR. Os negais terminantemente?

CONDE. Si.

ENR. Pues al menos tendré el placer de abofetearos. (*le va á dar un bofeton que el conde detiene.*)

CONDE. Ah! El duelo es ahora inevitable! (*se levanta con furor.*)

ENR. Eso deseaba!

CONDE. Teneis armas?

ENR. No, acepto las pistolas que me presenteis?

CONDE. Venid! (*se oye á Juan y á Pedro que disputan con los criados.*)

ENR. Qué ruido es ese?

CONDE. Juan, que vuelve con su testigo, y á quien no dejan pasar mis criados.

ENR. Partamos antes que entren.

CONDE. Venid por esta puerta que dá al jardin... Tomarémos las pistolas.

ENR. Y encomendaos á Dios. (*salen por la puerta izquierda.*)

ESCENA IX.

JUAN, PEDRO, *despues la* CONDESA *y* JUANA.

(*La escena permanece un instante sola, oyéndose el ruido de la disputa que se aproxima paulatinamente hasta que se presentan Juan y Pedro.*)

JUAN. (*entrando.*) Os he dicho que nos ha citado el señor conde! A dónde está?

PED. Si no se quita el lacayon, le hospedo una bala en la mollera! (*trae dos pistolas.*)

JUAN. Pero y el conde?

PED. Si habrá tenido miedo de que le mates en el desafio?

CON. Un desafio! (*que ha aparecido un instante al ruido con su hija, al oir estas últimas palabras se adelanta precipitadamente.*)

JUAN. Cielos!

PED. (Se nos cayó la casa á cuestas!)

CON. Habla, habla, Juan, qué desafio es ese?

JUA. Vos, padre de mi corazon!

JUAN. Qué, sabeis, señorita?

CON. Si; todo se lo he dicho.

JUAN. (*medio llorando y abrazando á su hija.*) No..... no... no creais, señorita, que voy á batirme... no lo creais... no... lo creais... hija mia! (*con fuerza arrojándose en sus brazos.*)

JUA. Padre mio!

PED. (*lloriqueando.*) Pues si señor! Va á batirse con el conde! No vale mentir!

JUAN. Pedro!

PED. No me mires asi, porque nada me importa! Van á batirse y á muerte! Cabalito!

CON. No, no! Ese duelo seria un sacrilegio!

JUA. Esponeros á morir en el momento mismo en [...] estrecho en mis brazos? No, no; padre mio, vo[...] perteneceis, vos perteneceis á la hija que os ad[...]

JUAN. Y he de quedar por un cobarde?

PED. No quedarás; yo me batiré por ti, yo que n[...]go nadie en el mundo. (*va á salir y tratan de [...]nerle los demas, cuando se oyen dos tiros.*)

CON. y JUA. Ah!

JUAN. Qué pueden ser esos tiros?

PED. (*temblando.*) Ay! qué temblor me ha en[...] (*todos van á dirigirse al fondo y aparece el c[...] bastante agitado.*)

ESCENA ULTIMA.

Dichos, y el CORONEL.

JUAN. Qué es esto, coronel?

ENR. El conde de Arezzo... (*conmovido.*)

CON. Acabad.

ENR. Señora, el deber de hijo me ha obligado á f[...] á batirse al asesino del general Roger.

JUA. Y era el conde el asesino? (*momento de silenc[...]*)

ENR. Preguntad, señora condesa, á Juan Claudio [...]baut, si era deber mio vengar la muerte de mi p[...]

JUAN. Lo era, Genoveva, lo era, hija mia! (*afirm[...]mente; las dos le cogen cada una una mano. Jua[...] la otra al coronel que la besa con respeto.*)

PED. Bien! muy bien! muy bien! Y ahora pueden [...] vivir juntos: Juan, Genoveva, la señorita y el cor[...] Casualmente tengo ahi el coche número 226. Va[...] venid. Viva Juan el cochero! (*todos se dirigen al [...]do; cae el telon.*)

FIN.

Gobierno de la Provincia de Madrid.=Madrid 2[...] marzo de 1853.=*Examinada por el Sr. Censor de [...]no, y de conformidad con su dictámen, puede repre[...]tarse.*=Rafael Perez Vento.

MADRID, 1853.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA.

calle del Duque de Alba, n. 13.